www.puntodelectura.com/es/

TEMPLESPAÑA

Codex Templi

punto de lectura

Título: Codex Templi
© 2005, TEMPLESPAÑA
© Santillana Ediciones Generales, S.L.
© De esta edición: abril 2006, Punto de Lectura, S.L.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 84-663-0843-1
Depósito legal: B-4.833-2006
Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de cubierta: Pdl
Diseño de colección: Punto de Lectura

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

36 / 1

TEMPLESPAÑA

Codex Templi

Los misterios templarios a la luz de la Historia y de la Tradición

Equipo de redacción

Dirección y coordinación:
Fernando Arroyo Durán

Supervisión:
Emilia Cobo de Lara

Colaboradores:
Luis Alcaina Guzmán
Ángel Almazán de Gracia
Jesús Ávila Granados
Jordi Castañé i Mestres
Juan Ignacio Cuesta Millán
José Luis Delgado Ayensa
Chema Ferrer Cuñat
Sergio Fritz Roa
Antonio Galera Gracia
Carlos García Costoya
José Antonio Hurtado García
Julián Martos Rodríguez
José Antonio Mateos Ruiz
José Miguel Nicolau González
Florencio Pascual Rodríguez-Valdés
Francisco Rafael de Pascual, OCSO
Raúl Riesco Martínez
Alfonso Sánchez Hermosilla
José Carlos Sánchez Montero
Santiago Soler Seguí
Mauro Zorrilla Hierro

Índice

Prólogo, de Luis Alcaina Guzmán 15

Capítulo I. La Orden del Templo de Salomón:
primeros años y entorno social,
de Fernando Arroyo Durán 25

Capítulo II. Codex Templi: los textos,
de Julián Martos Rodríguez 76

Capítulo III. Caballeros templarios:
monjes y guerreros, custodios y cruzados,
de José Luis Delgado Ayensa 137

Capítulo IV. San Bernardo y el Temple.
El brazo armado de la Iglesia,
de Sergio Fritz Roa 164

Capítulo V. La encomienda templaria,
de Jordi Castañé i Mestres 191

Capítulo VI. Templarios, los banqueros de la cristiandad,
de Florencio Pascual Rodríguez-Valdés 221

Capítulo VII. Los enclaves templarios españoles.
Arquitectura y simbolismo,
de Juan Ignacio Cuesta Millán 246

Capítulo VIII. El rey templario,
de José Miguel Nicolau González 286

Capítulo IX. Apogeo y decadencia,
arresto y juicio de la Orden del Temple,
de José Carlos Sánchez Montero 319

Capítulo X. La continuidad del Temple en las órdenes militares y el Císter. Valores e ideales de los templarios, de Francisco Rafael de Pascual, OCSO 357

Capítulo XI. Los guardianes de Tierra Santa. El esoterismo templario, de Ángel Almazán de Gracia 389

Capítulo XII. La caballería cristiana. La iniciación templaria, de José Antonio Mateos Ruiz 420

Capítulo XIII. Los templarios y la secta de los Asesinos, de Chema Ferrer Cuñat 449

Capítulo XIV. Dante Alighieri y la filiación templaria de la Fede Santa, de Mauro Zorrilla Hierro 479

Capítulo XV. Los templarios y la tradición iniciática de los trovadores, de Chema Ferrer Cuñat 509

Capítulo XVI. Los templarios y la búsqueda del Santo Grial, de Ángel Almazán de Gracia 533

Capítulo XVII. Nuevos descubrimientos sobre el Bafomet templario, de Antonio Galera Gracia 561

Capítulo XVIII. Los templarios y los cátaros, de Jesús Ávila Granados 586

Capítulo XIX. Los templarios y la raza maldita de los agotes, de Antonio Galera Gracia 604

Capítulo XX. La implantación de la Orden del Temple en los reinos hispánicos y su presencia en el Camino de Santiago, de Raúl Riesco Martínez 627

Capítulo XXI. De cómo el Temple llegó a América antes del descubrimiento oficial, de José Antonio Hurtado García 661

Capítulo XXII. Los templarios y la Vera Cruz, de Carlos García Costoya 703

Capítulo XXIII. Los templarios y las vírgenes negras, de Jesús Ávila Granados 735

Capítulo XXIV. La Sábana Santa y los templarios. De cómo llegó la Síndone a Occidente, de Alfonso Sánchez Hermosilla 753

Capítulo XXV. Templarios, jesuitas y masones: el afán legitimista, de Fernando Arroyo Durán 785

Capítulo XXVI. El Priorato de Sión y los merovingios: un mito nacionalista, de Chema Ferrer Cuñat 862

Capítulo XXVII. Leyendas templarias, de Santiago Soler Seguí 891

Capítulo XXVIII. El santoral templario, de Jesús Ávila Granados 929

Capítulo XXIX. Templarios y alquimistas, de Sergio Fritz Roa 955

Bibliografía templaria 979

Non nobis, Domine, non nobis,
sed Nomini tuo da gloriam

Prólogo

La Orden de los Pobres Caballeros de Cristo o del Templo de Salomón es, sin lugar a dudas, la orden monástico-militar que más interés, admiración y pasiones ha despertado a lo largo del tiempo, desde que se fundó hasta nuestros días. Esta relevancia histórica podría parecer un fenómeno positivo y engrandecedor, pero, en realidad y por desgracia, está muy lejos de ser así. En el transcurso de los siglos, el Temple y lo que representa ha ido despertando todo tipo de envidias y sospechas, provocando traiciones, soportando difamaciones e infundios y, finalmente, beneficiando a oportunistas. Todo ello ha desvirtuado a menudo la realidad histórica y doctrinal de la Milicia de Cristo y, lo que es mucho peor, ha representado una ofensa a la memoria de unos caballeros que se guiaron por los más nobles y elevados ideales.

No han faltado los que, con gran desconocimiento de la materia, sin documentación alguna, repitiendo una y otra vez los mismos errores, consultando fuentes escasamente fiables (aunque, eso sí, haciendo gala de mucha imaginación), se han dedicado y se dedican a tergiversar los hechos y a buscar sensacionalismos sorprendentes que rompen con la más elemental metodología historiográfica y con los esquemas tradicionales de la investigación. El único fin parece ser el éxito comercial.

Poco o nada han importado a los divulgadores las consecuencias de sus invenciones, elucubraciones y aseveraciones sin base histórica o tradicional. Tampoco han calculado la confusión que pudieran inducir en el lector, en el buscador de conocimiento o en el prestigio de la propia labor divulgativa.

Codex Templi es un libro escrito con auténtica devoción, minuciosidad y rigor por un elenco de historiadores, divulgadores

e investigadores diversos, verdaderos especialistas en la materia. Esta obra se hace necesaria como obra de consulta y referencia fiable, se hace necesaria para desmitificar falsas teorías que desvirtúan la realidad histórica y empañan el buen nombre de la Orden del Temple, se hace necesaria para «desbastar las impurezas que ocultan la verdad», se hace necesaria, en definitiva, para desvelar los misterios templarios a la luz de la Historia y la Tradición Primordial.

Los hechos esenciales son bien conocidos: el nacimiento de la Orden del Temple, en Tierra Santa, poco después de la primera cruzada, allá por el año 1118; el gran número de caballeros y nobles que abandonaron familia y bienes para dedicar su vida a servir a Dios como monjes-soldados; su condición de custodios de primordiales saberes y sagradas reliquias; su rápida expansión por todo el orbe conocido; sus habilidades como banqueros, estrategas, guerreros, navegantes y consejeros; y, cómo no, su injusto proceso inquisitorial, bajo la acusación de herejía, que llevó a la muerte en la hoguera al último maestre, Jacques de Molay, en el año 1314, y la supresión definitiva de la Orden casi inmediatamente después.

Sin embargo, hay aspectos poco conocidos en el desarrollo de la congregación templaria: sus aportaciones a la sociedad europea de su tiempo; la integración, como servidores o «donados» de la Orden, de campesinos y constructores, armígeros y cartógrafos, religiosos y seglares; sus mediaciones en litigios entre señores feudales y monarcas; su aportación económica, cultural, científica y espiritual; su legado arquitectónico y artístico… Todo ello ha convertido a la Orden del Temple, más que en un mito, en un modelo vanguardista y en un arquetipo universal investido de diversas connotaciones, tanto metafísicas como metapolíticas.

Aunque se ha especulado mucho al respecto (con no pocas dosis de fantasía), sigue envuelta en un halo de misterio la sugerencia de una cosmogonía muy particular elaborada por los templarios, basada en profundos conocimientos teológicos, filosóficos e iniciáticos. Poco conocida es también la aportación de la Orden a la emblemática cristiana y al simbolismo esotérico,

gran parte del cual podemos aún ver grabado en sillares de piedra y expresado en la iconografía de construcciones erigidas sobre emplazamientos clave en el desarrollo cívico de su época. La ubicación de muchas de estas edificaciones, especialmente las de carácter religioso, se elegía conforme a criterios basados en la cosmovisión del sabio medieval y la tradición ancestral (céltica fundamentalmente); los templarios situaban sus templos y lugares sacros sobre centros de energía telúrica o en consonancia con ciertas alineaciones cósmicas. Sus conocimientos sobre el arte de la guerra, la naturaleza, la navegación, la construcción, la medicina, la astrología, la cábala o la alquimia fueron notables, aunque hasta la publicación de *Codex Templi* no se les haya concedido la importancia que merecen.

Pero, sobre todo, se desconocen en gran medida algunos aspectos de la dimensión real de la fraternidad templaria: los rasgos privados de la vida conventual y todo lo relacionado con la espiritualidad de los freires, organización, régimen interior, ritos de iniciación, signos de reconocimiento, etcétera. En realidad, estas características han suscitado elucubraciones y divagaciones múltiples, hasta generar toda una cultura basada en una subliteratura sensacionalista, un «esoterismo de bazar» y un oportunismo inescrupuloso. Se ha dejado de lado la parte más importante del Temple: el origen histórico e intelectual de estos monjes-soldados y la razón que los hizo grandes y que, al mismo tiempo, los llevó a su desaparición: la dimensión religiosa.

No deja de resultar curioso que una orden monacal y guerrera a la vez, compuesta por caballeros de un inusitado valor y fe inquebrantable en Cristo y en la Virgen María (a la que denominaban «Nuestra Señora»), «adornados» de un gran aparato militar y a la vez revestidos y regenerados en el desapego material, se siga tratando meramente como un conjunto de hombres esotéricos y heterodoxos, omitiendo casi siempre su aspecto religioso y tradicional preeminente, incuestionablemente católico.

La disciplina y la entrega espiritual que les confería su condición de monjes, reunidas bajo la divisa *«Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini tuo da gloriam»* («No a nosotros, Señor, no a

nosotros, sino a tu Nombre da la gloria»), ponen de manifiesto qué dimensión fue la más importante en la vida de estos caballeros.

Que la mayoría de los autores que escriben sobre el Temple no tengan en cuenta bajo qué signo y designio desarrollaban los caballeros templarios todas sus campañas y todas sus labores, se debe en buena medida al promotor de la caída de la Orden, el rey Felipe IV de Francia, que, con sus continuas presiones sobre el papa Clemente V y sus intrigas políticas, intentó borrar de la Historia a los templarios en pro de sus intereses mundanos.

Logrado el objetivo secular y derrocada la Orden del Temple, sus bienes fueron repartidos entre las distintas órdenes militares, casas reales y la propia Iglesia, pero se recomendó especialmente hacer desaparecer de las propiedades templarias cualquier vestigio documental e incluso simbólico.

Si las evidencias del paso del Temple por las diferentes naciones de Oriente y Occidente no desaparecieron por completo, fue gracias a la falta de conocimiento y comprensión que se tenía sobre sus símbolos. La rápida huida de algunos miembros de la Orden permitió poner a salvo muchos de sus «secretos» y pertenencias (parte del mítico «tesoro» templario, más espiritual que material) en territorios alejados de la influencia del insidioso monarca francés y, hasta cierto punto, de la autoridad pontificia: Escocia o Portugal se convirtieron en refugios más o menos seguros para los perseguidos.

El interés actual y el recuerdo auténtico del Temple no se debe al autor fantasioso o al novelista vulgarizador, sino a estudiosos que en verdad han mantenido «vivos» a los templarios hasta nuestros días, que les han conferido una fiel aura de valor y misticismo, estudiosos y divulgadores que pueden aportar a nuestra sociedad los principios tradicionales emanados de la *Philosophia Perennis*.

En medio de las modas e intereses comerciales, convenía preservar el ejemplar sacrificio de los templarios, como parte de la memoria histórica y doctrinal de la Orden, pero también como reflejo del sacrificio de Aquél que predicó el amor y la entrega al prójimo como el más excelso de los mandamientos; convenía enmarcar las actuaciones del Temple en una vida de

santidad y no de escabrosidad; y convenía observar en los pobres soldados de Cristo un ejemplo de fraternidad, humildad y concordia. Estos designios han guiado a los autores de este *Codex Templi*, y con ello, el lector estará más cerca de la verdad, no sólo desde la perspectiva del Temple como fenómeno histórico, sino de esa verdad trascendente que el ser humano descubre al emprender la búsqueda de la Divinidad crística en sí mismo. En fin, se trata de una búsqueda más metafísica que material, una búsqueda que algunos, asociándola precisamente a los templarios, llaman «búsqueda del Santo Grial».

No debe caerse en el error de pensar que la búsqueda de comunión o *religamiento* (de *religare*, religión) de la criatura humana con su Creador es algo que sólo debe ser tratado, en el ámbito del Temple, bajo un prisma católico, apostólico y romano, pues no cabe la menor duda de que aquellos que fueron caballeros de Oriente y Occidente se vieron impregnados necesariamente de diversas corrientes religiosas y filosóficas; pero no debe olvidarse que la Orden fue instituida por la Iglesia católica y que dependía directamente del romano pontífice.

Si bien la Regla y todos los aspectos en la vida de los templarios evidencian su fidelidad y observancia del catolicismo tradicional, ello no es óbice ni incompatible (desde la doctrina actual de la Iglesia, emanada del Concilio Vaticano II) con el pensamiento ecuménico y universalista (católico = universal) que forma parte del ideario del Temple.

Y ese ideario, o ideal ecuménico y universalista, que es punto de partida común de los miembros de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA, es el que ha motivado esta obra colectiva, donde la libertad de credo, conciencia y expresión de los autores es lo más destacable.

Siendo por tanto una obra colectiva y plural, cada capítulo ha sido redactado de manera independiente, pero con frecuencia se hallarán vinculaciones o referencias a otras secciones de *Codex Templi.* Todo ello permitirá una completa exposición temática.

Oficialmente, TEMPLESPAÑA no se identifica con todos los planteamientos y puntos de vista expuestos por los autores de esta obra, aunque sí comparte con ellos una premisa fundamental:

el respeto y la tolerancia hacia las creencias expresadas en el marco de la convicción y la buena voluntad y su enérgico rechazo a la falsedad, la tergiversación y la mentira consciente.

Para comprender mejor esta premisa que ha guiado la elaboración de *Codex Templi*, sirva lo expresado por el presidente fundador de TEMPLESPAÑA y director de la obra, Fernando Arroyo Durán:

> «TEMPLESPAÑA es una sociedad de estudios, civil, plural e independiente, y como tal, su visión de la Historia —y dentro de ella, del fenómeno templario— es tan amplia como amplio es el elenco de eruditos e investigadores que la componen.
>
> »Habiendo sido la Orden del Temple una institución católica, creada y suprimida por la Iglesia católica, no menos cierto es que suscita el interés de personas de muy diversas concepciones ideológicas y religiosas, lo que viene a demostrar, por otra parte, la universalidad de un fenómeno que si algo reafirma es la perspectiva ecuménica de la que es Iglesia Universal de Cristo.
>
> »Ante la proliferación de literatura condicionada por la secularización del siglo, donde se ofrecen visiones sesgadas y tendenciosas, cuando no elucubraciones sin más fundamentos que los nacidos de la imaginación de tal o cual autor, la Sociedad TEMPLESPAÑA opta por no incurrir en el adoctrinamiento y la apologética, entre otras cosas porque, del mismo modo que el cristianismo se defiende por sí solo (con palabra y obra), el anticristianismo se descalifica a sí mismo ("Por sus frutos los conoceréis", Mat. 7, 20). Entendemos, además, que el cometido de una sociedad de estudios medievales es profundizar en la comprensión o análisis de todos los pensamientos filosóficos, concepciones doctrinales, cosmovisiones científicas y religiosas y expresiones artísticas del contexto histórico del que se ocupa.
>
> »Del mismo modo que la Quinta Relación oficial del Grupo Mixto de Trabajo entre la Iglesia Católica y el Consejo Mundial de Iglesias (Vancouver 1983) reflexionó sobre los

cambios que están transformando las relaciones culturales, sociales y políticas entre las naciones y los pueblos, TEMPLESPAÑA, que no es ajena a estas transformaciones, también asume como propia esa "nueva 'Tradición' de la comprensión ecuménica, de las preocupaciones compartidas y del testimonio común a todos los niveles de la vida de las Iglesias", en la que la familia humana se hace más consciente de que se enfrenta a un futuro o destino común, en que cada vez más gente en todas partes se está volviendo más "consciente de su solidaridad y de la necesidad de unirse en defensa de la justicia y la dignidad humana, propia y de los demás". Lógicamente, TEMPLESPAÑA se limita a asumir esto hasta los límites que le marca su condición de asociación laica, contraria por otra parte al laicismo secular como una expresión más del fundamentalismo ideológico que es.

»Por todo ello, en la presente obra TEMPLESPAÑA ha querido ofrecer, dentro de unos límites de seriedad y rigor, todas aquellas visiones que sobre la historia y la doctrina templaria concurren entre los diversos investigadores del fenómeno templario; un fenómeno único de la cristiandad que, por otra parte, ha devenido en arquetipo vivo de la Tradición Universal, demostrando precisamente con ello la universalidad y perenne vigencia del mensaje cristiano».

La Sociedad TEMPLESPAÑA es, en efecto, la aglutinadora, catalizadora y coordinadora de la presente obra de divulgación histórica y tradicional, *Codex Templi*, pero lo importante es la visión global ofrecida por las aportaciones de cada uno de los autores desde sus conocimientos y sus concepciones psicointelectuales.

TEMPLESPAÑA es una sociedad en la que se agrupan personas de distintas tendencias y adscripciones académicas, profesionales y espirituales, pero todos ellos comparten, al igual que los autores que no son miembros de la Sociedad de Estudios, un mismo principio: la búsqueda de la verdad.

Seguramente por ello, esta obra está llamada a ser, no sólo un referente histórico sobre la Orden del Temple, en la línea de

los textos clásicos como las *Dissertaciones históricas del Orden*, *y Cavalleria de los Templarios*, del conde Pedro Rodríguez Campomanes, sino también un referente doctrinal bajo la perspectiva de la denominada Tradición Primordial, en la línea de autores como el metafísico René Guénon, el filósofo metapolítico Julius Evola, el simbolista Louis Charbonneau-Lassay y, sobre todo, en la línea del insigne padre espiritual e intelectual de la Milicia de Cristo: San Bernardo de Claraval.

En la actualidad disponemos de mucha más información que en los tiempos del licenciado Rodríguez Campomanes, y no porque el Temple pueda haber realizado nuevas hazañas, sino por la cantidad de importantísimos documentos históricos que han ido apareciendo sobre el cristianismo y los templarios, tales como los Manuscritos del Mar Muerto, descubiertos en 1947, e incluso, mucho más recientemente, el documento pontificio por el cual Clemente V absuelve a los templarios de toda herejía y apostasía, encontrado por la doctora Bárbara Frale, el 13 de septiembre de 2001, en los archivos del Vaticano.

Beau Sire. Con estas palabras de saludo o despedida, tan comunes en la época de los templarios, quiero despedir estas líneas. La pretensión de esta obra no es otra que ofrecer una amplia perspectiva del fenómeno templario, su historia y sus misterios. Queda mucho en el tintero y, seguramente, habrá quien disienta acerca de alguna de las hipótesis que se exponen. Pero, como siempre, en Historia nada puede considerarse resuelto definitivamente. Mañana puede descubrirse un nuevo cartulario que permita reconsiderar ciertas afirmaciones, académicas o no, sobre cualquier extremo comentado. Esperamos que, al menos, sirva para que el lector se sienta impulsado a seguir en la brecha de la investigación.

En la actualidad, muchos hombres y mujeres se acercan al Temple y sus misterios con el afán curioso hacia lo desconocido o, simplemente, atraídos por la perspectiva de aventuras y tesoros ocultos. Como señala Jordi Castañé, uno de los autores de *Codex Templi*, «todo esto se encuentra aquí, delante de nosotros, aunque quizás no en la forma que muchos esperan. El gran secreto de los templarios fue saberse adaptar a las circunstancias

de cada momento, no dar nada por sabido o establecido como inamovible. Todo pasa y todo queda. Ellos sabían que estaban de paso por la Historia y dejaron sus huellas para que, quienes sean dignos, las sigan».

En la encomienda de Murcia, a 13 de diciembre de 2004, en el tercer aniversario del hallazgo del documento histórico que prueba la absolución papal de los templarios.

LUIS ALCAINA GUZMÁN. *Vicepresidente y coordinador general de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA, miembro del consejo de redacción de* Boletín Temple, *caballero de la Ordo Supremus Militaris Templi Hierosolymitani, de la Real Hermandad de Caballeros de San Fernando (Sevilla), de la Hermandad de Santa María la Real de Gracia y Buen Suceso y de la Real e Ilustre Cofradía de la Santísima y Vera Cruz de Caravaca.*

I

La Orden del Templo de Salomón: primeros años y entorno social

Fernando Arroyo Durán

«Algunos caballeros, amigos y enviados de Dios, renunciaron al mundo, se consagraron a Él y se comprometieron por su fe ante el patriarca de Jerusalén […] a proteger los caminos y desfiladeros más peligrosos y a defender a los peregrinos contra los bandidos […] y, sin renunciar a sus hábitos profanos, a observar estrictamente la regla de los canónigos regulares del Santo Sepulcro».
JACQUES DE VITRY, obispo de Acre, 1118

Muchos historiadores establecen la fundación de la Orden del Temple en 1118. Según esta propuesta, la institución de la Orden se debió a nueve caballeros que habrían participado unos años antes, a partir de 1095, en la primera cruzada. Sin embargo, nada en los inicios de la Orden del Temple es tan claro como parece.

Las primeras dudas aparecen a la hora de certificar si participaron en la cruzada o llegaron a Tierra Santa años después. También existen lagunas respecto a la verdadera identidad de sus fundadores y aún quedan vacíos historiográficos sobre el número de caballeros y el año exacto de la fundación.

Para algunos investigadores, Hugo de Paganis (Hugues de Payns o Payens) y sus compañeros son cruzados que llegaron a Tierra Santa después de la conquista de Jerusalén. Para otros, los nueve caballeros fundadores de la Orden del Temple participaron en la primera cruzada, en 1095. Este último dato sustentaría una hipótesis extraoficial que atribuye la fundación del

Temple a una cofradía de caballeros catalanes a las órdenes de Hugo de Pinós o Hugo de Baganis (Bagá). La hipótesis se fundamenta en varios documentos de la Casa de los condes de Guimerá, depositados en la Biblioteca Nacional de Madrid, y entre los que cabe destacar un manuscrito del siglo XVII cuyo título no puede ser más explícito: *Declaración de la inscripción griega de la cruz de la iglesia de San Esteban de Bagá, cabeza de las Baronías de Pinós, guión de la Armada que tomó Tierra Santa, año de 1110. Don Hugo de Bagá, primer Maestre del Temple.* Cabe reseñar que uno de los primeros historiadores que estudió estos documentos fue el primer secretario general de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA, quien ya obtuvo copia de los mismos en junio de 1984. Por su parte, Josep Maria Sans i Travé, historiador y director del Archivo Nacional de Cataluña, en su ponencia con fecha 26 de junio de 2004, dada en Bagà (Barcelona) con motivo de las III Jornadas Templarias y Medievales de TEMPLESPAÑA, restó toda verosimilitud a la hipótesis de Hugo de Pinós como primer maestre del Temple. Sans i Travé adujo que el documento de los condes de Guimerá seguramente era una falsificación y explicó que este tipo de documentos eran muy frecuentes en los siglos XVII y XVIII: servían para realzar el linaje de las casas nobiliarias. En todo caso, Sans i Travé reconocía no haber estudiado personalmente dicho documento.

El catedrático y jesuita Gonzalo Martínez Díez advierte que la fecha de 1119, comúnmente admitida como principio de la Orden del Temple, se basa en una alusión contenida en el prefacio de la primitiva Regla latina de la Orden. (Cfr. *Los templarios en los reinos de España*, Planeta, Barcelona, 2001). Este autor señala otro período fundacional, que abarcaría casi un año: entre el 14 de enero de 1120 y el 13 de enero de 1121. Al respecto, Martínez Díez remite a un reciente estudio de Rudolf Hiestand que esgrime argumentos convincentes, basados en las biografías de los prelados y abades que asistieron al Concilio de Troyes y en el itinerario de algunos de ellos. Hiestand establece que la fecha de dicho concilio no fue el 14 de enero de 1128, sino el mismo día de San Hilario del año siguiente. En realidad, tras este desfase de fechas, se encuentra

la diferencia de cómputo existente entre nuestros días y aquellos tiempos del medievo.

Muchos autores han abordado las dudas y lagunas existentes en torno a los orígenes de la Orden del Temple y para ello se han servido de fuentes documentales de primera mano. Aquí nos limitaremos a referir sumariamente los principales acontecimientos que habrían propiciado la gestación de esta orden medieval de monjes-caballeros; también se tratará el entorno social, eminentemente bélico y religioso, que envolvió estos acontecimientos.

La expansión islámica

Las tres grandes religiones monoteístas de la Edad Media —cristianismo, judaísmo e islam— no eran en modo alguno tres bloques doctrinales homogéneos enfrentados exclusivamente entre sí. Pero la agresividad expansionista de la religión musulmana sí puede considerarse el factor desencadenante de unos enfrentamientos entre Oriente y Occidente que habrían de modificar, generalmente de forma traumática, el curso de la Historia. Desde luego, la acción musulmana también afectó al panorama étnico, cultural y religioso en gran parte del orbe conocido.

Entre los años 632 y 711, el islam, observando estrictamente su concepción coránica de la *yihad* o «guerra santa», se expandió por la fuerza de las armas de tal manera que, incluso sometida la práctica totalidad del reino visigodo de Hispania y la provincia narbonense de las Galias, su avance continuó hasta plantarse en el 732 —a los cien años justos de la muerte del profeta Mahoma— ante las mismas puertas del corazón de la cristiandad occidental. La derrota sufrida por las huestes islámicas en la batalla de Tours, cerca de Poitiers, a manos de Carlos Martel —mayordomo del rey de los francos Thierry IV y antepasado de Carlomagno—, sirvió no sólo para frenar el arrollador avance sarraceno por Europa, sino también para que la cristiandad reaccionara. De esta forma, y tras cien años de encarnizada «guerra santa», se produce un paulatino retroceso de la frontera

occidental islámica. Sin embargo, la cristiandad había pagado un alto precio: se había perdido casi toda la Hispania visigoda, una parte de las Galias, todo el norte de África, Egipto, Siria, Palestina y una parte de Asia Menor.

En Hispania, después de la batalla de Guadalete, o de la laguna de la Janda, que se cree que tuvo lugar en el 711 y en la que perdió la vida el último rey visigodo, don Rodrigo, permanecieron algunos focos de resistencia en las cordilleras cantábrica y pirenaica. Estos núcleos cristianos impidieron la conquista total de la península Ibérica. En el resto del territorio invadido se formó el reino musulmán de Al Ándalus, si bien algunas ciudades visigodas mantuvieron cierta autonomía, como, por ejemplo, las plazas de Lorca, Elche, Alicante, etcétera, gobernadas por el conde Teodomiro de Orihuela.

Tanto en Al Ándalus como en el resto de territorios ocupados durante la expansión islámica, se mantuvo una considerable población cristiana y judía que permaneció fiel a su credo. El islam respetó en distinta medida a los no-paganos, esto es, a los que los musulmanes llamaban «las gentes del Libro» (las gentes de la Biblia). De hecho, la población cristiana de Oriente, nestorianos y monofisitas en su mayoría, acogió con alivio la dominación musulmana, por considerarla menos gravosa que la de los emperadores ortodoxos de Constantinopla. Incluso los propios cristianos ortodoxos de Palestina se resignaron al conquistador musulmán, puesto que las condiciones que éste les ofrecía parecían bastante tolerables. De cualquier forma, el islam no siempre fue tan benevolente: en los tiempos iniciales de la expansión islámica, durante el mandato del «caudillo de los creyentes», Omar ibn al Jattab (Omar), padre de Hafsa (una de las mujeres de Mahoma), los cristianos y los judíos fueron expulsados de Arabia, si bien es cierto que previamente se les pagaron indemnizaciones. Otro ejemplo muy posterior lo tenemos en Hispania, donde las persecuciones musulmanas afectaron a muchas personas, entre ellas, al gran filósofo judío Moisés Maimónides, conocido también como Rambam (contracción de Rabi Moisés ben Maimón; en árabe, Abu Amram Musa ben Maimum ibn Abdallah). Maimónides nació en Córdoba en 1135 y tuvo que

huir a El Cairo con toda su familia. Además, tras la caída del califato de Damasco, en el año 750, y el triunfo de los abasíes de Bagdad —rivales de los omeyas—, la apacible existencia de las comunidades cristianas de Oriente se tornó muy problemática; los abasíes eran bastante menos tolerantes que sus antecesores.

Con el resurgimiento del poder militar bizantino a mediados del siglo X, que reconquistó para la cristiandad amplias zonas de Asia Menor, se estableció un cierto equilibrio en la zona. El temor a represalias bizantinas —sobre los musulmanes que poblaban los territorios reconquistados— permitió que los cristianos de Palestina bajo dominio musulmán conservaran, en cierta medida, su antiguo estatus de protegidos.

Más adelante, Jerusalén y Palestina quedaron en poder de los califas fatimíes, que desataron un período de persecuciones contra judíos y cristianos.

En cierta medida, el siglo XI se caracterizó por la ausencia de graves enfrentamientos y los cristianos de Palestina pudieron vivir con relativa tranquilidad. Las autoridades musulmanas eran conscientes de la atenta vigilancia que el emperador de Bizancio mantenía sobre sus hermanos cristianos en Tierra Santa.

En este clima de paz y tranquilidad, la bonanza económica no tardaría en propiciar un creciente intercambio comercial con los reinos cristianos de Occidente. En este momento comienzan también a llegar numerosos peregrinos a Tierra Santa. Este peregrinaje se había interrumpido tras la conquista musulmana de Palestina y Siria, entre los años 634 y 644.

La reconquista de Hispania: la cruzada de Occidente

La penetración de los pueblos germanos en España se había iniciado hacia el año 409. Llegaron varias oleadas, pero sólo los suevos perduraron durante cierto tiempo en tierras hispanas; estos grupos se establecieron en la Gallaetia (Galicia).

Con la caída del Imperio Romano, en el siglo IV de nuestra era, las tribus germanas del norte de Europa invaden sus territorios.

Los visigodos ocuparán entonces la práctica totalidad de la antigua provincia imperial de Hispania, configurada como tal tras la segunda guerra púnica que enfrentó a romanos y cartagineses.

Los visigodos, cristianos arrianos acaudillados por Ataúlfo, establecerán la capital de su reino en Barcelona (415). La antigua colonia Iulia Augusta Paterna Faventia Barcino fue fundada por los romanos en el siglo I a.C. alrededor del *mons* Taber, sobre un antiguo asentamiento ibérico anterior (Barke-no). Sin embargo, pronto la capital del reino visigodo de Hispania fue trasladada al interior de la Península, a la milenaria Toletum (Toledo). El topónimo Cataluña, por tanto, derivaría de «Gotholunia» o «Gothland» («tierra de los godos»). (Tal vez convenga apuntar aquí que las corrientes románticas del siglo XIX entroncaron esos territorios legendarios con el mito del Santo Grial).

En el III Concilio de Toledo del año 589, el monarca visigodo Recaredo se convierte al catolicismo. Algunos historiadores consideran que este hecho tuvo especial importancia para consolidar la conciencia de unidad nacional. Con Recaredo, los hispano-visigodos renuncian a la herejía arriana y el gran grupo de población hispanorromana se incorpora a la vida activa del reino.

Dos siglos después, el aliento profético de Mahoma imprime a la nueva religión una dinámica expansionista; la vocación guerrera de los musulmanes estaba a medio camino entre el proselitismo religioso, las aspiraciones políticas y la *dawah* —predicación, invitación o llamamiento hacia el islam—.

La invasión musulmana de la península Ibérica está íntimamente ligada a la extensión del poder sarraceno en el norte de África. La expansión comenzó con la ocupación de Egipto entre los años 640 y 642, y, por tanto, la conquista de España es sólo una fase más de la expansión árabe.

Los visigodos, al parecer, habían oprimido desde antiguo a los judíos y muchos de ellos se habían refugiado en las costas del norte africano. Estos judíos exiliados hablaban de grandes riquezas en Hispania y la expectativa de suculentos botines en Sevilla o Toledo animó a los musulmanes a atravesar el estrecho de Gibraltar. En su avance hacia el Atlántico, los musulmanes estaban

capitaneados por el caudillo Musa ibn Nusayr (Muza), nacido en La Meca hacia 640 y, a la sazón, gobernador de Ifriqiya (Túnez) desde 708.

La aparente facilidad de la conquista de Hispania responde también a factores internos de la monarquía visigoda: los partidarios del noble visigodo Witiza pretendían apartar del trono al rey don Rodrigo. Lógicamente, Muza, el artífice de la conquista de África, no conquistó la plaza ceutí del conde don Julián, uno de los partidarios de Witiza. Y, según algunos historiadores, los hispano-visigodos perdieron la batalla inicial de julio de 711 contra los musulmanes por culpa de la traición de los witizanos. Según el historiador Ramón Menéndez Pidal, el rey Rodrigo no desconfió de sus nobles y concedió el mando de ambas alas de su ejército a los dos hermanos de Witiza: Sisberto y Oppa. Pero éstos ya habían pactado secretamente con Tarik, jefe del ejército de los *mawlas* o bereberes y lugarteniente de Muza, y habían acordado abandonar su puesto una vez trabada la batalla a cambio de tres mil alquerías o villas. Los hijos de Witiza, efectivamente, obtuvieron lo pactado años después (cfr. Crónica mozárabe de 754).

El avance islámico por tierras ibéricas fue rápido e imparable. Entre otras razones, porque las guerras intestinas de los siglos precedentes habían debilitado enormemente la monarquía electiva hispano-visigoda; de hecho, el reino de Hispania no estaba en disposición de resistir ningún tipo de amenaza medianamente organizada.

Sólo algunos visigodos se atrincheraron en el muro natural de los Picos de Europa, en la cornisa cantábrica, dispuestos a resistir la invasión musulmana. La tradición refiere que en aquellos escarpados montes se nombró caudillo de la resistencia al noble visigodo don Pelayo. La rebeldía de los astures, concentrada en una región montañosa de difícil acceso y muy alejada de Córdoba —capital del nuevo reino islámico de Al Ándalus—, no preocupó en ningún momento a los valíes o gobernadores árabes, que nada hicieron en un principio por someterla.

Este núcleo de resistencia cristiana estaba compuesto en su mayor parte por nobles visigodos, además de algunos aborígenes (descendientes de las tribus celtíberas e hispanorromanos en

menor medida). Su primera victoria está envuelta en la leyenda. El lugar se localiza en Covadonga y la fecha es difícil de precisar. Algunos historiadores la sitúan en el año 718; otros, en cambio, siguiendo la tesis más plausible del historiador Claudio Sánchez-Albornoz, sostienen que esa victoria no se produjo probablemente hasta el año 722.

De la batalla de Covadonga hay dos versiones: la cristiana y la musulmana. El siguiente párrafo pertenece a la Crónica árabe de Al Maxqqari:

> «En tiempo de Ambasa se levantó en tierra de Galicia un asno salvaje llamado Pelayo […]. Los musulmanes los sitiaron y los fueron matando, pero […] la situación de los musulmanes llegó a ser penosa y al cabo les despreciaron diciendo: "Treinta asnos salvajes, ¿qué daño pueden hacernos?"».

A partir de ese momento comienza la llamada Reconquista. Los territorios recuperados se organizaban en reinos conforme a la política feudal característica de la Edad Media hispánica: los territorios se dividían entre los herederos o se reunían mediante alianzas matrimoniales. Los reinos cristianos se entregaron con frecuencia a guerras, generalmente por razones dinásticas y territoriales, y algunas veces se aliaron contra el invasor musulmán.

La Orden del Temple aparece por vez primera en Occidente el 19 de marzo de 1128, diez meses antes del Concilio de Troyes, en el que la Orden recibiría la Regla y sería oficialmente constituida. En esa fecha, la reina doña Teresa de Portugal otorga al templario Raimundo Bernardo el castillo de Soure, con todas sus rentas y pertrechos. La ceremonia de donación de Soure se celebró en la ciudad de Braga y en ella estuvo presente el rey de León, don Alfonso VII *el Emperador*: (Alfonso VII fue coronado emperador siete años después en la ciudad de León; gobernaba los Reinos de León y Castilla tras la muerte de su madre, la reina doña Urraca, en 1126). Éste sería el primer contacto del futuro emperador, gran impulsor de la Reconquista, con la Orden del Temple.

La Reconquista se prolongó hasta el año 1492, en que los Reyes Católicos tomaron el último reducto musulmán en España:

el Reino de Granada, tras la rendición de su rey Muley Baaudili (Boabdil *el Chico*).

Mas no adelantemos acontecimientos.

Los peregrinos a Tierra Santa y la caída del Imperio Bizantino

El rey de los francos y emperador de los romanos, Carlomagno (742-814), y el califa Harun al Rashid (786-809) mantenían buenas relaciones y ello propició un incremento notable de peregrinos deseosos de acudir a Jerusalén. La consecuencia inmediata de esta afluencia de fieles es el establecimiento de hospederías en distintos lugares de Tierra Santa. Sin embargo, la progresiva aparición de piratas musulmanes en Oriente interrumpió una vez más la corriente de peregrinación cristiana a Jerusalén. Además, las incursiones escandinavas en el Mediterráneo perturbaron la seguridad de la navegación.

Las peregrinaciones por mar se reanudaron hacia el año 960, cuando los piratas musulmanes perdieron sus bases en Italia y el sur de Francia, así como la isla de Creta, que cayó bajo poder bizantino. También comienzan a llegar peregrinos vía terrestre, a principios del siglo XI; ello fue posible gracias a la conversión al cristianismo de los monarcas húngaros y la conquista de la península balcánica por los bizantinos. Ahora la ruta hasta la frontera con el islam era segura.

Mientras hubo estabilidad en la zona, gracias a la predisposición de Bizancio y de los musulmanes de Palestina, el comercio y el movimiento de peregrinos hacia Jerusalén fue posible, pero cuando el Imperio Bizantino sucumbe en el desastre de la batalla de Malazgirt (Manzikert, año 1071) ante los turcomanos selyúcidas —tribus nómadas de Asia Central recién convertidas al islam—, el caos político se instala en Constantinopla, la capital de Bizancio.

Con el poder militar bizantino destruido, los turcos comienzan a invadir Anatolia y a ocupar y devastar Asia Menor, principal fuente de cereales, ganado, caballos y soldados del

imperio. En este bélico e inestable escenario, el turco Atsiz ibn Abaq conquista Jerusalén en el mismo año 1071, arrebatándosela a los musulmanes egipcios que la gobernaban. Las huestes turcomanas ocupan entonces toda Palestina, hasta la fortaleza fronteriza de Ascalon. Ambos hechos, la caída de Bizancio y la conquista de Jerusalén, produjeron una gran conmoción entre los bizantinos, el Papado y los europeos. Las consecuencias inmediatas fueron doscientos años de enfrentamientos bélicos que se conocen con el nombre de «cruzadas».

A pesar de que los fatimíes de Egipto intentaron reaccionar y recuperar el control de Palestina, este territorio y toda Siria quedaron bajo dominio turco a partir del año 1079.

Ante el desorden reinante en Anatolia —con pequeños tiranos locales implantando impuestos abusivos y saqueadores en los caminos—, las peregrinaciones terrestres a Tierra Santa se volvieron tan peligrosas que terminaron prácticamente por desaparecer. Y esto fue así aunque los nuevos señores de Palestina, los turcos, no mostraran en principio especial animosidad contra los cristianos.

No obstante, a pesar del éxito inicial de los turcos selyúcidas al retomar el control de Palestina, las continuas guerras con los cruzados irían mermando sus fuerzas.

Las vísperas de la primera cruzada

En el incesante combatir de los reinos cristianos hispanos contra los musulmanes de Al Ándalus hay circunstancias que convierten la guerra peninsular en un claro antecedente de la primera cruzada. Fue muy habitual la participación de caballeros procedentes de otros países de Europa en las batallas de reconquista. En el año 1064, un contingente militar de caballeros francos al mando del duque de Aquitania, Guido Godofredo, acude a la llamada de auxilio del Reino de Aragón, que se veía asediado por el empuje sarraceno. Esta expedición fue aprobada por el papa Alejandro II, que no sólo concedió la remisión de los pecados de aquellos que participasen en ella, sino que envió a su

portaestandarte Guillermo de Montreuil. Este ejército conquistó la ciudad de Barbastro a principios de agosto de 1064, aunque el 17 de abril de 1065 volvió a ser recuperada para el islam por el rey de la taifa de Zaragoza (la antigua Cesaraugusta).

Esta experiencia —un llamamiento pontificio para el auxilio de un reino cristiano— sentó un precedente que años más tarde se manifestaría nuevamente al calor de una creciente conciencia solidaria hacia los hermanos cristianos de Oriente, que comenzaron a sufrir toda clase de atropellos por parte de los invasores turcos. Además, toda una serie de hechos propiciaron que aquel 27 de noviembre de 1095 el papa Urbano II lanzase un solemne llamamiento, en lengua *d'oil*, su romance natal que se hablaba al norte del Loira, ante una inmensa muchedumbre reunida en una explanada extramuros de la ciudad de Clermont. Los hechos que propiciaron este llamamiento fueron:

— La angustiosa petición de auxilio de los cristianos orientales, bizantinos en su mayor parte, que veían profanadas sus iglesias y santuarios por el invasor turco. Esta llamada de auxilio partió incluso del emperador bizantino Alejo I, al que el papa había levantado en el Concilio de Melfi, en 1089, la excomunión que pesaba sobre él.

— La importante influencia que, sin duda, debió ejercer en el pontífice la decisión del potentado conde de Tolosa y marqués de Provenza, Raimundo de Saint Gilles (más conocido como Raimundo de Tolosa).

— La creciente hostilidad de los musulmanes hacia los peregrinos que marchaban a Jerusalén, que eran víctimas de vejaciones, asaltos, robos y muertes violentas, así como las dificultades y la práctica interrupción de las peregrinaciones a Tierra Santa debido a los excesos cometidos por los turcos.

— La invasión de Tierra Santa a manos de los infieles (nunca asumida realmente por los cristianos), y la especial devoción que la ciudad de Jerusalén y sus Santos Lugares merecían a todos los fieles cristianos.

— La entrevista que mantuvo el papa con el monje Pedro de Amiens *el Ermitaño*, un elocuente visionario al que muchos

historiadores consideran como el verdadero artífice de la idea de una cruzada a Tierra Santa.

Estas razones constituyeron la base de la arenga que el papa Urbano II lanzó ante su auditorio del Concilio de Clermont, en el que estuvieron presentes más de trescientos obispos, abades y altos clérigos. No es de extrañar que la multitud enfebrecida vibrase en un grito unánime y entusiasta de devota belicosidad, *«Deus le volt!»* («¡Dios lo quiere!»), que pondría en marcha a los caballeros de Occidente hacia Tierra Santa.

La primera cruzada (1095-1099)

A la exhortación pontificia respondieron príncipes, nobles, caballeros, burgueses, campesinos y menestrales, procedentes fundamentalmente de Francia y de los territorios próximos, como Borgoña, Champaña, Aquitania, Lorena, Provenza, Flandes, etcétera. Todos enarbolaron la cruz cristiana para lanzarse a la nueva conquista de Jerusalén.

Aunque algunos historiadores piensen que aquel movimiento fue un fenómeno puramente materialista y económico, una aventura de expansión colonial para la creación de bases en Oriente Próximo que facilitasen el comercio con Europa, lo cierto es que la cruzada, con todas sus sombras y aberraciones, nació de una explosión de fe, de un ideal profundamente espiritual y cristiano. Con el fin de encauzar el entusiasmo desbordante, el papa designó como legado pontificio al obispo de Puy-en-Velay, Ademaro de Monteil: este prelado debía ejercer como jefe espiritual de la cruzada. En el discurso de Clermont, Ademaro de Monteil se había postrado ante el papa y había rogado por un puesto en la cruzada. El pontífice estableció un día de partida señalado: la fiesta de la Asunción del año 1096. Ese día, todos los cruzados deberían partir hacia Constantinopla desde los distintos reinos cristianos y concentrarse allí, en la capital de Bizancio.

Mientras se reclutaba a los «peregrinos armados», pueblo llano en su gran mayoría, el papa recomendó a los obispos y

abades el reclutamiento de nobles y caballeros para formar el contingente principal de la expedición. Entre los grandes señores que hicieron «voto de cruzado» había personajes de gran relevancia, por ejemplo, Godofredo de Bouillon, duque de la Baja Lorena, vasallo del Sacro Imperio Romano Germánico y descendiente de Carlomagno; también partirían hacia Constantinopla sus hermanos Eustaquio, conde de Boloña, y Balduino, así como su primo, Balduino de Le Bourg, hijo del conde de Retel. Hugo de Vermandois, hermano del rey Felipe I de Francia, también fue cruzado. Otros nombres no menos importantes eran: Roberto, duque de Normandía; su cuñado Esteban de Blois, conde de Chartres; el conde de Hainaut; el conde de Norfolk; Garnier, conde de Gray; Conon de Montagut; Dudon de Gouts; Rainaldo y Pedro de Toul; Hugo y Godofredo de Hache; Geraldo de Cherisi; Hugo de San Pablo y su hijo Engelrando, y otros ilustres señores.

Los cruzados de la Provenza y del Midi (sur de Francia) emprendieron la marcha bajo las órdenes de Raimundo, conde de Tolosa y esposo de la infanta aragonesa Elvira. Raimundo ya era un caballero distinguido por sus gestas en las guerras de la reconquista de España contra los sarracenos; el rey Alfonso VI de Castilla le había confiado el mando de un cuerpo del ejército que había tomado Toledo en 1085. Entre los cruzados que acompañaron a Raimundo de Tolosa cabe destacar al arzobispo de Toledo, Bernardo, acompañado por un gran número de nobles y vasallos españoles, entre ellos, un considerable contingente de caballeros catalanes. Y desde Italia partió otro ejército de cruzados normandos bajo las órdenes del príncipe de Tarento, Bohemundo, y de su primo Tancredo y otros grandes señores.

Pedro *el Ermitaño*, un sacerdote de la diócesis de Amiens, había sufrido en sus viajes a Palestina vejaciones y atropellos por parte de los infieles. De regreso a su tierra, había permanecido en un retiro solitario y austero, dedicado a la práctica de las virtudes cristianas. Sin embargo, Pedro *el Ermitaño* era un personaje excitado por el celo religioso y la devoción, y era el responsable de un plan para liberar la Ciudad Santa mediante una cruzada. Ahora, incluso antes de la partida del gran contingente

de caballeros cruzados, el clérigo de Amiens había conseguido reunir a una gran multitud del pueblo llano, dispuesta a seguir sus pasos hacia Palestina. Su expedición popular se puso en marcha en abril de 1096, cuatro meses antes del día señalado.

El Ermitaño había urdido este plan tiempo atrás, después de haber visitado y llorado sobre la cumbre del monte Calvario y la tumba del Salvador. Otras fuentes señalan que Pedro *el Ermitaño*, siendo preceptor de Godofredo de Bouillon, promovió la cruzada tras establecer una serie de alianzas en la abadía de Orval, en las Ardenas (Bélgica). Al parecer, todos sus movimientos estaban encaminados a preparar a su candidato para ocupar el trono de la Ciudad Santa. En cualquier caso, Pedro *el Ermitaño* ya había comunicado al patriarca griego, Simeón, su plan de cruzada. Simeón llegó incluso a redactar una carta de recomendación dirigida al papa Urbano II. El clérigo de Amiens presentó la carta al pontífice y le expuso, entre llantos, el penoso estado en que se hallaban los cristianos de Jerusalén. El papa asistió conmovido al relato detallado de Pedro *el Ermitaño* y, casi con toda seguridad, ésta fue la principal razón que impulsó la idea de cruzada.

El primer contingente de la llamada «cruzada popular» se puso en marcha hacia Jerusalén. Lo componía un grupo ecléctico de campesinos, siervos, menestrales de baja estofa, algún hidalgo y un escaso número de caballeros segundones, más una conspicua agrupación de bandidos y otros facinerosos decididos a redimir sus pecados y su miseria luchando por la cruz. Este heterogéneo contingente estaba bajo la dirección de un caballero segundón, Gualterio *Sans Avoir* (Sin Nada), que partió de Colonia por el valle del Rin y cometió en su ruta diversas rapiñas y desmanes.

Días después, el grueso del ejército popular, sin preparación militar alguna, siguió los pasos de Gualterio y se puso en camino bajo la dirección de Pedro *el Ermitaño*. El «ejército» del predicador estaba compuesto por unas veinte mil almas de campesinos, siervos, trabajadores urbanos, vagabundos e incluso de mujeres y niños, en su mayor parte procedentes de Alemania.

Entre tanto, un tercer grupo —integrado casi exclusivamente por alemanes— se preparaba para marchar al mando de

algunos miembros de la nobleza menor alemana, con algunos condes a la cabeza.

A mediados de junio, la tropa de Pedro —denominada en algunas crónicas como «la horda»— participó en motines, asaltos, saqueos y batallas campales contra los pechenegos, los mercenarios bizantinos. Tras dejar a su paso cuatro mil muertos en una ciudad húngara y después de haber saqueado e incendiado la ciudad de Belgrado, se presentaron ante Constantinopla en el mes de agosto. Por el camino había caído una cuarta parte del contingente a manos de las tropas del emperador bizantino. El emperador Alejo, para apartarlos de la ciudad, los trasladó al otro lado del Bósforo e instó a Pedro *el Ermitaño* a que esperase la llegada del contingente militar cruzado. Pero la muchedumbre prefirió obedecer a algunos jefes improvisados y alocados que organizaban incursiones depredadoras por las inmediaciones, e incluso osaron acercarse hasta las puertas de Nicea, capital del sultanato de Rum, gobernado por el sultán turco selyúcida Solimán Kilij Arslam I, dominador de la Anatolia central y occidental. Finalmente, tras varias incursiones y saqueos por la zona, y un combate en que la vanguardia francesa de la cruzada popular derrotó a un destacamento turco, los alemanes se envalentonaron y cometieron una imprudencia: al rebasar Nicea, fueron vergonzosamente derrotados y capturados. Los escasos nobles que quedaban en el campamento de Civetot se pusieron en marcha hacia Nicea, al mando de Guillermo de Burel, y terminaron masacrados en el angosto valle de Dracon. El campamento de Civetot había quedado desguarnecido y los turcos se dieron a una terrible carnicería: irrumpieron como un vendaval y arrasaron con todo; sólo algunos jóvenes y muchachas se salvaron, aunque fueron destinados a los mercados de esclavos. Así terminó la cruzada popular, el 21 de octubre de 1096. Para entonces, Pedro *el Ermitaño* ya se había unido a Godofredo de Bouillon en el golfo de Nicomedia, junto al resto de líderes cruzados.

Antes de la caída de la cruzada popular, concretamente, el 15 de agosto de 1096, fiesta de la Asunción, la verdadera hueste cruzada, dirigida por jefes experimentados, príncipes y grandes

nobles animados por el espíritu religioso y celo de la mayor gloria de Dios, partió desde distintos puntos del Occidente cristiano con sus mesnadas de caballeros. A finales de 1096 empezó a llegar a Constantinopla el ejército del duque de Lorena, Godofredo, que acampó a orillas del Cuerno de Oro, extramuros de la capital bizantina.

El emperador Alejo pretendió que Godofredo de Bouillon le jurase fidelidad, como lo hiciera anteriormente el hermano del rey de Francia, Hugo de Vermandois, pero el duque de Lorena se negó a tal vasallaje y por ello fue castigado con la interrupción de suministros.

Godofredo lanzó entonces un ataque contra las imponentes murallas de Constantinopla, pero los imperiales consiguieron una brillante victoria defensiva y Godofredo tuvo que avenirse a prestar juramento ante Alejo. El gigantesco príncipe normando Bohemundo, el más temido por el emperador, juró fidelidad al primer requerimiento, y se congració con él de tal forma que obtuvo la jefatura de todas las fuerzas de Bizancio en Asia, e incluso fue transportado por la marina bizantina para reunirse con el ejército de Godofredo, que aguardaba acampado en Pelícano.

Sin embargo, las relaciones del emperador con los cruzados no siempre fueron tan amistosas: el tenaz e independiente sobrino de Bohemundo, Tancredo, se había negado a rendir vasallaje al emperador y consiguió escabullirse con sus fieles a la otra orilla del estrecho.

Otro de los ejércitos cruzados, el de Raimundo de Tolosa, que iba acompañado por el legado pontificio Ademaro, había llegado por la difícil costa de Dalmacia y el norte de Grecia. Raimundo ofreció al emperador Alejo un ambiguo juramento, estableciendo un pacto de amistad y alianza con él, pues le interesaba oponerse a las pretensiones de Bohemundo de lograr un principado en Oriente para escapar de sus rivalidades familiares en el sur de Italia.

Y el cuarto y formidable ejército cruzado, que llegó unas semanas después, iba al mando del duque de Normandía, hijo mayor de Guillermo *el Conquistador* de Inglaterra, al que acompañaban importantes señores, como su cuñado Esteban de

Blois, con quien compartía el mando, el conde de Flandes, el conde de Norfolk —único representante inglés de la expedición—, etcétera. Todos ellos juraron fidelidad al emperador Alejo, aunque sin la menor intención de observarla.

Los ejércitos cruzados habían ido pasando a Asia poco a poco y se reunieron el 6 de mayo de 1097 en las montañas próximas a Nicea. Desde allí contemplaron las murallas de Nicea, capital de Bitinia y del sultanato de Rum. Se trataba de una ciudad fabulosamente fortificada, con más de trescientas setenta torres. Los cruzados sitiaron la plaza, pero un ejército musulmán al mando del sultán Kilij Arslam se presentó con más de cien mil hombres para hacer levantar el cerco. Se dio entonces una encarnizada batalla que duró doce horas y que ocasionó numerosas pérdidas en ambos bandos (dos mil cristianos y cuatro mil musulmanes). En fuga el enemigo, y con generosos envíos de víveres que hacía llegar el emperador Alejo, el ejército cruzado continuó cercando Nicea, sometiendo la ciudad tras un enérgico asedio el 19 de junio.

Desde Nicea, los cruzados penetraron por las regiones de Asia Menor. A veces se trataba de insufribles desiertos en los que el principal enemigo era la escasez de agua. En esta incursión rindieron con facilidad la ciudad de Galas, ocupada por los turcos, y continuaron adelante por la principal calzada bizantina, derrotando a numerosos batallones que esperaban la llegada de los cruzados apostados en las dos orillas del puente del Oronte.

Al otro lado del puente, el ejército cruzado se dividió en dos cuerpos: uno, bajo las órdenes de Godofredo de Bouillon, Raimundo de Tolosa, Hugo *el Grande*, Roberto de Flandes y el legado pontificio Ademaro; el otro cuerpo era menos numeroso y seguía su marcha bajo la dirección de Bohemundo, Tancredo y el duque de Normandía. Cuando este último grupo llegó al valle de Gorgoni, fue sorprendido por los musulmanes: ocultos en las escabrosas montañas, se precipitaron como un torrente contra los cristianos. Inferiores en número, los cruzados soportaron con valor el ímpetu y la violencia del enemigo, pero en tan desigual lucha, la derrota de los cristianos parecía inevitable. Agotados y exhaustos, abrumados por la avalancha de musulmanes

que se les había venido encima inopinadamente, los cristianos estaban a punto de caer. Tras varias horas de combate desesperado, llegó en socorro de sus hermanos el cuerpo cruzado al mando de Godofredo de Bouillon; en una maniobra envolvente, el ejército del duque destrozó completamente a las huestes sarracenas. En esta batalla, acaecida en el desfiladero de Dorilea, los cristianos perdieron cuatro mil hombres y en ella destacó el obispo Ademaro, que hizo gala de su habilidad como gran estratega y combatiente al estilo de los obispos guerreros de España.

Los ejércitos cristianos continuaron su marcha y se internaron en las abrasadoras regiones de Frigia, donde el hambre y la sed diezmaron terriblemente a los cruzados. A mediados de agosto llegaron a Iconio, donde tras un breve descanso se pusieron en camino hacia Heraclea. Allí combatieron y dispersaron algunas tropas turcas apostadas y se dividieron en dos grandes grupos: uno se desvió por Cesarea y el otro, por las montañas del Tauro y Tarso. Esta decisión se tomó a instancias de Balduino, hermano de Godofredo de Bouillon, y de Tancredo: estos dos capitanes decidieron separarse del ejército principal para buscar y conquistar un acceso marítimo que favoreciera un control posterior de la zona. El objetivo era la plaza de Tarso, la ciudad natal de San Pablo, y se accedía a esta localidad a través de las difíciles Puertas Cilicias. Estos dos ambiciosos y aventureros jefes cruzados, Balduino y Tancredo, pretendían hacerse con un principado independiente cada uno, sin renunciar por ello a seguir cooperando con la cruzada una vez logrado su propósito.

El 10 de septiembre, las mesnadas de Tancredo y Balduino se dirigieron a Cilicia a través de las imponentes montañas del Tauro. Balduino, tras atravesar el Éufrates, se apoderó de la ciudad de Edesa, de cuyo nombre tomó el título de príncipe. Por su parte, Tancredo logró un gran éxito al derrotar a los turcos y tomar la ciudad de Tarso, capital de Cilicia, pero hubo de cedérsela a Balduino, pues la presencia de la mesnada de éste, muy superior a la de Tancredo, fue la que provocó la rendición de los turcos. Balduino dejó como gobernador de Tarso, en su nombre, al pirata Guyemer de Boloña, y siguió los pasos de Tancredo. Se reunió el grueso del ejército cruzado en su campamento

de Marash. En este lugar, Balduino hubo de enterrar a su esposa Godvere y a sus hijos, que habían sucumbido a las penalidades de la cruzada.

Finalmente, el ejército cruzado, tras rodear Cesarea y ser recibido como libertadores en los territorios armenios, logró alcanzar Antioquía, la ciudad de las cuatrocientas torres. Era el 20 de octubre de 1097. Tomada esta plaza, tras siete meses y medio de penosísimo asedio, se presentó frente a las murallas Kerbogha, el feroz *atabeg* de Mosul, con doscientos mil combatientes. La aflicción, el desaliento y el terror no podían ser mayores entre las tropas cristianas, pero salieron al encuentro de Kerbogha con una decisión insospechada. El valor con que afrontaron la lucha y su tenacidad a la hora de entrar en combate fueron el origen de numerosas leyendas: al parecer, un clérigo de Provenza —un campesino visionario y medio loco, según otras fuentes— llamado Pedro Bartolomé había encontrado la Sagrada Lanza enterrada en la iglesia de San Pedro de Antioquía. Este hierro sagrado, que los cruzados identificaron con la lanza que el centurión romano Longinos utilizó para herir el costado del Salvador, dio alas a los cristianos en aquella ocasión y les permitió salir victoriosos en un lance que amenazaba con ser el final del ejército cruzado.

De cualquier forma, el asedio, captura y defensa de Antioquía había retrasado quince meses la marcha de la cruzada hasta su principal objetivo: la ciudad santa de Jerusalén.

La victoria en campo abierto sobre dos grandes ejércitos musulmanes y la rendición de Antioquía fueron suficientes para atemorizar a los emires y pequeños soberanos musulmanes de aquellas regiones, los cuales se apresuraron a rogar una tregua. Solicitaron un régimen de alianzas y buscaron la paz con los cruzados, les ofrecieron tributos e incluso les franquearon el paso hasta Jerusalén.

El califa fatimí de El Cairo, Al Mustali, también ofreció tropas auxiliares para la conquista de la Ciudad Santa, pero aprovechando las luchas entre los turcos y los cristianos, ordenó al gran visir de Egipto Al Afdal que se apoderase de Jerusalén. Tras cumplir la misión encomendada y arrebatar la ciudad

a los turcos, el propio visir Al Afdal la gobernó en nombre del califa. Éste justificó su vil maniobra traicionera diciendo que los turcos se la habían usurpado a su padre cuarenta años atrás, y que los cristianos tendrían suficiente con poder visitar los Santos Lugares; de hecho, se les ofreció esa posibilidad.

Los cruzados permanecieron inactivos en Antioquía, y allí la peste y otras calamidades diezmaron sus efectivos. El valeroso obispo Ademaro de Puy murió aquejado de fiebre tifoidea. Finalmente, se resolvió proseguir la marcha hacia Jerusalén, el ansiado objetivo final y meta de su heroica peregrinación. Reemprendieron la marcha desde la ciudad de Marat —recientemente conquistada—, a unos cien kilómetros al sureste de Antioquía, y siguieron el camino interior de Siria, con Raimundo de Tolosa al frente del cuerpo del ejército cruzado.

Las fuerzas cruzadas de Raimundo de Tolosa se encontraban ahora un tanto desprotegidas: no tenían el apoyo de los contingentes de Bohemundo y Balduino, y aún no habían contactado con Godofredo y Roberto de Flandes. Raimundo, que no contaba con más de mil caballeros y unos cinco mil infantes, se detuvo ante las murallas de Arga, al norte de Trípoli, a la espera de refuerzos que deberían llegar de Antioquia. Mientras asediaba esta ciudad, el duque de Lorena y el conde de Flandes marchaban con sus ejércitos a su encuentro, por la costa. Finalmente, tras muchas penalidades y vicisitudes, los cruzados se adentraron en las colinas de Judea por la calzada romana que habían hollado los pies de Jesucristo y los apóstoles. Ello les hacía sentir la emocionante proximidad de Jerusalén; en la mañana del 7 de junio de 1099, por fin, sus ojos pudieron contemplar en el horizonte las murallas de la Ciudad Santa. El historiador Ricardo de la Cierva relata ese instante:

> «El conde de Tolosa, veterano de las guerras contra la morisma en España, fue seguramente uno de los primeros occidentales que necesariamente evocó, en aquella mañana de junio, la clara semejanza de Jerusalén con la ciudad española de Toledo. La víspera, en la aldea de Emaús, se habían postrado ante los jefes cruzados los emisarios de la

pequeña ciudad de Belén, a la que se dirigieron inmediatamente Balduino de Le Bourg, primo de los hermanos Godofredo de Bouillon y Balduino de Boloña, y el italonormando Tancredo, que fueron recibidos en triunfo por los habitantes, casi todos cristianos, que les besaban la mano como libertadores. En la madrugada siguiente, Tancredo, Balduino y sus caballeros, que habían saludado como un presagio favorable el eclipse de la media luna, se reincorporaron al ejército cruzado en el recodo de la calzada que hemos descrito, llamado Montjoie, Monte de la Alegría, por los peregrinos de Occidente. Descendieron hacia el torrente Cedrón sin sentir el calor que caía sobre aquella tierra árida, sin apenas un árbol» *(Templarios: la historia oculta*. Fénix, Madridejos, 1998).

Tras estudiar el dispositivo estratégico de asedio y combate, los cruzados decidieron atacar al ejército del califa y tomar Jerusalén por la fuerza. Los cristianos estaban enfurecidos porque el califa había roto el pacto que aseguraba a los cruzados la posesión de la ciudad. Había transcurrido un año de luchas y penalidades, y durante ese tiempo habían doblegado toda la resistencia que encontraron a su paso.

Después de un mes largo de penosísimo asedio a Jerusalén, los príncipes cruzados decidieron que el asalto a la ciudad defendida por el gobernador fatimí Iftikhar comenzase en la noche del 13 al 14 de julio.

Durante toda la noche, los efectivos cruzados (unos mil doscientos o mil trescientos caballeros y unos doce mil infantes) intentaron encaramarse a las murallas. Para ello, rellenaron los fosos, aproximaron las torres de asalto y lanzaron las escalas, pero hasta el mediodía del 15 de julio no consiguieron subir a lo alto de la muralla. Los primeros en el asalto fueron algunas tropas de vanguardia, a cuya cabeza estaba Godofredo de Bouillon, que tuvo el honor de ser el primer gran cruzado que entró en la Ciudad Santa. Finalmente, tras abrir las puertas al grueso del ejército cruzado, éste penetró en tromba por las calles de la ansiada Jerusalén. La victoria fue aplastante, pero también debe

recordarse que en aquella ocasión se produjo una gran matanza. Toda la población musulmana y judía fue pasada a cuchillo. La población cristiana no fue testigo de la toma de Jerusalén, ya que había sido expulsada de la ciudad antes de que ésta se produjese. El gobernador Iftikhar y un puñado de sus hombres salvaron la vida a cambio de un gran tesoro que el califa había encomendado a su custodia.

Tras el infernal fragor de la batalla, los grandes señores de la cruzada, extenuados, polvorientos y gozosos, se postraron con devoción ante el Santo Sepulcro de Cristo. Sin duda, aquel momento debió de ser indescriptiblemente emocionante. La cruzada había alcanzado su objetivo, a costa de muchas vidas. Reintegrada Jerusalén a la cristiandad, el camino para los peregrinos había quedado abierto. El 22 de julio, los señores de la cruzada se reunieron para nombrar un rey que gobernase la Ciudad Santa y todo el Reino Latino de Jerusalén.

Cuatro eran los candidatos a ser coronados: Raimundo de Tolosa, Godofredo de Bouillon, Roberto de Flandes y Roberto de Normandía. Dado que Raimundo de Tolosa no aceptó tal dignidad, finalmente fue elegido Godofredo de Bouillon, que rechazó el título de rey y adoptó el de *Advocatus Sancti Sepulchri* (Defensor del Santo Sepulcro). «Nunca llevaré corona de oro donde el Señor la llevó de espinas», habría dicho el primer monarca del recién nacido Reino Latino de Jerusalén.

Godofredo de Bouillon murió en 1100, siendo proclamado rey de Jerusalén su hermano Balduino I, que era conde de Edesa (1098-1100), quien anexionó a su reino Beirut, Sidón y Acre.

El monacato reformador: de Cluny al Císter

Las páginas anteriores resumen el panorama bélico en que se desarrolló la fundación de la Orden monástico-militar del Temple. En este contexto, la aparición de nuevas órdenes religiosas obedecía a una corriente reformista en los monasterios. Se buscaba mayor rigor moral y disciplinario del que se había iniciado mucho tiempo atrás con el modelo reformista de una

rama de los benedictinos —llamados cluniacenses, por haberse establecido en Cluny—. La reforma cluniacense se había verificado en esa población francesa cuando Guillermo de Aquitania fundó, en 910, un gran monasterio para dar acogida a esta rama de la Orden de San Benito.

En el aspecto organizativo, el triunfo del monacato reformador posibilitó que éste fuera diversificándose hasta definir nuevas modalidades religiosas: ascéticas, hospitalarias o guerreras.

En el ámbito espiritual, el redescubrimiento de una pobreza evangélica —ligada a la idea de retorno a la vida y la predicación apostólica del primitivo cristianismo— produjo una quiebra entre los monjes y los monasterios con el mundo, o, dicho de otro modo, una acentuación de los elementos ascéticos. En este giro hacia el ascetismo tuvo mucha parte la reforma gregoriana.

El ascetismo es el esfuerzo o ejercicio espiritual que busca el crecimiento de la virtud y la liberación del espíritu, y, tradicionalmente, se había conseguido mediante la vocación eremítica. Esta tendencia difícilmente se podía conciliar con el modelo cenobítico, debido a su propia esencia: soledad, retiro, autodisciplina, etcétera. Un precedente de fusión provisional entre la vida comunitaria y la eremítica se había dado en la llamada *Regla de Crimleg*, redactada según parece en Metz (Francia), en la segunda mitad del siglo X. Esta regla codificaba la vida del monje recluso, ligándola a un monasterio, pero no solucionaba satisfactoriamente el elemento itinerante propio de los eremitas. La solución se encarnó en la Orden del Císter.

El origen de la orden cisterciense se remonta a 1098, cuando Roberto de Molesmes, antiguo abad de un rico monasterio benedictino dependiente de Cluny, fundó en las cercanías de Lyón el cenobio de Cîteaux (Císter), con la intención de retornar a los primitivos ideales evangélicos. Sin embargo, los verdaderos fundadores de la orden fueron Esteban Harding, inglés de nacimiento y tercer abad de Cîteaux, y Bernardo de Claraval, que dotó al movimiento de una dimensión verdaderamente supranacional. Ellos fueron los que implantaron los fundamentos religiosos y vitales de los llamados «monjes blancos». Básicamente, el ideal que inspiró a Harding y a Bernardo, ambos bien

versados tanto en la ciencia sagrada como en la ciencia profana, fue el de propiciar un cambio de orientación del monacato occidental, más favorable desde principios del siglo XII a los aspectos ascéticos y eremíticos que al decadente modelo de Cluny, con su rigidez estructural y su apoyo a la legitimación del orden feudal. En definitiva, la idea era dotar a la prestigiosa vocación eremítica de una faceta colectiva hasta entonces inédita. El alejamiento del mundo —y no tanto la exclusiva vida solitaria— pasó a desempeñar un papel central en el nuevo monaquismo, para el que el trabajo manual, la pobreza y la dureza de la disciplina no representaban sino facetas de una sola concepción vital marcada por el ascetismo. En definitiva, se trataba de devolver al monacato la prístina pureza que se perdió con la excesiva mundanización de Cluny.

Procedió entonces el Císter a observar *ad apicem litterae*, estrictamente, la regla de San Benito, y Esteban Harding redactó su *Carta caritatis* (c.1120), donde incidía en el factor de la uniformidad. La disciplina, el horario, los servicios religiosos, los libros de lectura, el régimen de comidas e incluso el tipo de construcción arquitectónica, entre muchas otras cosas, debían ser idénticos en todas las casas de la orden: el fin era evitar cualquier tentación de relajamiento. Además de reaccionar contra la laxitud de Cluny, este extraordinario rigorismo tenía un objetivo muy claro: «Reasumir el trabajo manual, adoptar un régimen más estricto y restablecer las iglesias monásticas y sus ceremonias a la solemnidad y simplicidad propias de la profesión monástica. Nunca pensaron en fundar una nueva orden y, sin embargo, de Cîteaux iban a salir, al paso del tiempo, colonias de monjes que deberían fundar otros monasterios destinados a llegar a ser otras Cîteaux, y así crear una orden distinta a la de Cluny» *(Enciclopedia Católica*; volumen I, ACI-Prensa, Lima, 1999).

Esta vocación de aislamiento y rigor, la separación del «mundo» o *fuga mundi*, la vida de oración y el trabajo fueron los elementos básicos para la fundación de nuevos monasterios: se buscaron zonas alejadas de las ciudades y de las grandes rutas comerciales.

Bernardo de Claraval ingresó en el Císter en el año 1112 y ésta fue, sin duda, la señal del extraordinario desarrollo de la Orden.

La tradición céltica y San Bernardo de Claraval

«El caballero de Cristo debe armarse con la paciencia como escudo; la humildad, como coraza que preserva sus íntimas honduras; la caridad como lanza, con la cual, dirigiéndose a todos con la provocación de la caridad, combate el combate del Señor»
Bernardo de Claraval, I S, 32

Bernardo de Claraval (1090-1153) nació en el castillo feudal de Fontaine-lès-Dijon. Sus padres pertenecían a la alta nobleza borgoñona. Su padre fue Tescelin *la Saure*, señor de Fontaine, vasallo del duque de Borgoña, jurisconsulto en la corte; su madre, Aleth de Montbard, era descendiente de los antiguos duques de Borgoña.

Siendo muy joven, Bernardo se trasladó con sus padres a Châtillon-sur-Seine, y allí estudió en la prestigiosa escuela de Saint-Vorles, vinculada a un capítulo colegial de canónigos regulares. (El obispo de Langres, Brunon de Roucy, les había confiado la dirección educativa de ese centro). Bernardo descubriría en esa escuela de Châtillon la dialéctica metafísica de Platón y a otros grandes maestros, con gran aprovechamiento en distintas disciplinas (humanidades, teología, música, gramática, retórica, etcétera).

Bernardo y una treintena de piadosos amigos se reunieron en Cîteaux el 21 de abril de 1112 y pidieron al abad cisterciense, Esteban Harding, «la misericordia de Dios». Ese año, Bernardo ingresa en el Císter. Desde muy joven, el monje cisterciense comienza a adquirir reputación de santidad y sus prédicas y escritos tuvieron desde muy pronto una gran difusión.

En Cîteaux, Bernardo se consagró al estudio de las Sagradas Escrituras, de la tradición patrística, a la regla de San Benito, etcétera.

En 1115, a petición de la diócesis de Auxerre, Esteban Harding designó a doce monjes para su tercera fundación y nombró prior del establecimiento a Bernardo. Éste y sus hermanos se instalaron el 25 de junio en los dominios de Hugo I, conde de Champaña y de Troyes; allí pondrían los primeros cimientos de una gran abadía y bautizaron el lugar con el nombre de Clairvaux (Valle Claro o Claraval, de donde procede el apelativo común de San Bernardo).

Bernardo vivió en ese lugar una vida de gran austeridad y virtuosismo, maltratando su cuerpo con vigilias y ayunos, y, como relató Guillermo de Saint-Thierry, llegando a rezar de pie «de tal manera que sus rodillas debilitadas y sus pies inflamados se negasen a llevarlo».

Conforme a las reglas del ideal caballeresco, Bernardo hizo de la Virgen su dama; fue un gran impulsor del culto a María, a la que llamó Nôtre-Dame (Nuestra Señora o Nuestra Dama) y la consideró, de manera simbólica, como una mediadora que permitiría la ascensión por la pureza y humildad, una intercesora a través de la cual el alma se transforma en esposa mística y madre de Cristo. De hecho, también calificará a María como «*tabernaculum Dei*, *templum Filii*», al encontrar en ella el vaso sagrado o Santo Grial, la escalera, la montaña, la madre de la vida, la causa del establecimiento de la Unidad.

El papa Alejandro III dijo de Bernardo:

> «Hubo un hombre enviado de Dios […] que, prevenido y dotado de una gracia particular, manifestó con su propia conducta una santidad eminente; que brilló […] por la luz de su fe y su doctrina, que por su palabra y su ejemplo propuso hasta a las naciones extranjeras y bárbaras los preceptos de la religión […], que devolvió a la rectitud de la vida cristiana a una multitud infinita de pecadores que caminaban por la senda ancha del mundo; que se crucificó él mismo al mundo y crucificó al mundo en él mediante aflicciones corporales que le hicieron adquirir el mérito de los santos mártires […].

»Este monje, taumaturgo, predicador, defensor de la Iglesia, cruzado, santo, se llamaba Bernardo de Claraval». (Carta Apostólica *Contigit olim*, XV Cal. feb. annus 1174, Anaguiae d.).

El profesor de Historia de la Universidad París I (Panteón-Sorbona), Alain Desgris, sostiene que «San Bernardo no puede ser considerado sólo como el reanimador de una Iglesia docente, el hermano nutricio de los concilios, sino como un hombre de audaz celo apostólico que "apagó todas las antorchas del cisma, extirpaba las herejías, confundía a los herejes, refutaba a los cismáticos". Fue, sin duda, uno de los más eficaces destructores de vicios y hombre que sacaba a los demás de su aturdimiento para empujarles al cielo» (*Guardianes de lo oculto*. Belacqva, Barcelona, 2002).

El abad Bernardo de Claraval, entregado a su devoción y a su celo por comprender hasta lo más profundo la esencia misma del pensamiento del Espíritu Santo, rehusando ampararse en el apostolado de su misión, firme en sus argumentos de dulzura y energía, supo utilizar mejor que ningún otro hombre de la Iglesia la amonestación, negándose a someterse a las meras servidumbres de la inactividad.

En su celo religioso, arremetía contra obispos como los de Fracasti, Palestrine y Ostie, diciéndoles: «Si vosotros no respondéis a Dios, a lo que espera de vosotros, un día sabrá haceros bajar de los lugares eminentes a los que Él os ha elevado, pero que vosotros no habéis sabido elevar con vuestras obligaciones» *(Cartas* 230 y 231). O abogaba por utilizar las armas «no corporales» contra los herejes: «En lugar de matar y quemar a los herejes, habría que persuadirlos para que rechazaran sus errores y volvieran a la fe verdadera, no por las armas, sino mediante los argumentos adecuados; ésta es la voluntad de Aquél que quiere que todos los hombres se salven y que lleguen al conocimiento de la verdad» (*Sermones*, LXIV, 1 y 66).

Hay detalles muy significativos en la vida y obra de San Bernardo que no conviene pasar por alto, especialmente si tenemos en cuenta que este abad cisterciense estaría llamado a ser

mentor ideológico de la Milicia de Cristo. (Algunos especialistas sostienen incluso que San Bernardo fue quien ordenó verdaderamente la Regla del Temple).

A Bernardo de Claraval, como a los propios templarios, se le atribuyeron conocimientos de la tradición druídica. No hay que olvidar que los celtas proceden de Oriente, y Bernardo —como los templarios— sabía de las raíces primordiales de muchas de las referencias sagradas del Occidente cristiano. Bernardo utilizaba un sello que representaba una serpiente escapando de un vaso roto, lo cual no es otra cosa que la representación de una sierpe druídica (símbolo de las corrientes telúricas). En *Misterios y revelaciones templarias* (Belacqva, Barcelona, 2003), el profesor Alain Desgris explica que el vaso roto representa el rechazo de las cosas materiales y terrestres (es decir, del tesoro que supuestamente contiene), y añade que tradicionalmente se ha representado a San Benito sosteniendo un vaso roto de donde escapa una serpiente. En *La tradition celtique dans l'art roman* (Bière, Burdeos, 1963), Marcel Moreau escribe: «Esos dos símbolos muestran veladamente la continuidad de la influencia de la vieja tradición, que ayudó mucho al cristianismo naciente y encontró en la organización de éste un refugio seguro y discreto». Sin ir más lejos, el mismo Desgris repara en las interpretaciones que se han ocultado, como, por ejemplo, la del simbolismo trascendente del número 3, que conocemos por la referencia a la Trinidad: «Padre-Hijo-Espíritu Santo», y que los templarios observaban en sus reglas cuando se imponían luchar uno contra tres o comulgar tres veces al año, oír misa tres veces por semana, dar limosna tres veces. A este respecto, Louis Charpentier señala un curioso dato: «[…] algunas iglesias de las encomiendas que conservaban la advocación de Nuestra Señora del Temple todavía en el siglo XVII celebraban las tres misas semanales» *(Los misterios templarios*. Apóstrofe, Barcelona, 1995).

Los breviarios que mencionan las fiestas de los canónigos del Santo Sepulcro —los primitivos hermanos de la Orden de los templarios— indican claramente que, desde el punto de vista litúrgico, los hermanos seguían las reglas de la Iglesia latina de Jerusalén; esas ordenanzas mencionan que comulgaban tres

veces al año: en Navidad, en Pascua y en Pentecostés, lo cual prueba cuáles eran los momentos que consideraban más importantes en la vida del Hijo de Dios.

No es fruto de la mera casualidad que dicho número (el 3) se repita en otras formas religiosas tradicionales y en otras corrientes filosóficas, como en la arcaica tradición céltica, por ejemplo, donde a menudo se emplean las desinencias *tri* y *treir*; tres partes en el mundo, tres principios y tres fines. Según los textos que nos han legado los celtas, los druidas profesaban una «religión» trinitaria ligada a la resurrección y a la inmortalidad del alma.

Uno de los textos herméticos más antiguos, el *Poimandres* (atribuido a Hermes Trismegisto), dice:

> «Esta luz, soy yo, la inteligencia, tu Dios, anterior a la naturaleza húmeda que surge de las tinieblas, y el Verbo luminoso de la Inteligencia, ése es el Hijo de Dios.
> »Éstos no están separados, porque la unión es su vida.
> »La Palabra de Dios se elevó desde los elementos inferiores hasta la pura creación de la naturaleza, y se unió a la Inteligencia creadora, porque ella es de la misma esencia.
> »En la vida y en la luz está el Padre de todas las cosas.
> »Pronto descendieron las tinieblas […] que se cambiaron en una naturaleza húmeda y confusa, y de ella surgió un grito inarticulado que parecía la voz de la luz; una palabra santa descendió de la luz sobre la naturaleza.
> »Lo que en ti ve y oye es el Verbo del Señor; la Inteligencia es el Dios Padre.
> »Yo creo en ti y te rindo testimonio; yo camino en la vida y la luz. Oh, Padre, bendito seas, el hombre que te pertenece quiere participar de tu santidad como tú le has dado poder».

En cuanto al *Evangelio* de San Juan, el más apreciado por los templarios —y por los culdeos de la Iglesia céltica—, observamos que viene a decir lo mismo en su revelador prólogo:

> «En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios.

»Él estaba en el principio con Dios.
»Todas las cosas han nacido por Él, y nada ha nacido sin Él de cuanto ha nacido.
»En Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres.
»La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la abrazaron.
»Ésta es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.
»A los que la recibieron les dio poder de convertirse en hijos de Dios, a aquellos que creen en su Nombre» (Juan 1, 1-12).

San Bernardo y los templarios, como muchos otros sabios cristianos, comprendieron que si el Verbo de Dios ya era en el principio, y siendo éste la *raíz* primordial de toda revelación y manifestación divina ante los hombres, Cristo, como encarnación del Verbo, como *Mysterium Magnum* (el Gran Misterio) de la Creación, no era otra cosa que el *fruto* final y más sustancioso del «Árbol de la Vida».

La vida de San Bernardo proporciona episodios que lo asocian con la tradición céltica, como el sueño de su madre Aleth (referido en la *Prima Vita*, capítulo I, número 2) o las palabras del secretario Geoffroy en un sermón redactado con motivo del aniversario de Bernardo (sermón XVI), que recuerda a la leyenda céltica del perro de Culann y la hazaña del héroe Cou'Howlaïnn. Pero aún hay más: en 1148, Bernardo recibe las últimas palabras del obispo irlandés de Armagh Malachy O'Mongoir (1094-1148), más conocido como San Malaquías, autor de las profecías referentes al linaje de los papas. (En estas profecías, Juan Pablo II, el papa de la transición del siglo XX al XXI, recibe el sobrenombre de «*De labore solis*»). San Bernardo escribiría la vida de San Malaquías, que murió en sus brazos camino de Roma.

Bernardo de Claraval fue considerado santo casi inmediatamente. Al parecer, algunos escritos en poder de la Iglesia romana autentificarían como milagro la leyenda según la cual la Virgen negra de Saint-Vorles habría dejado manar algunas gotas de leche, de las que se habría alimentado el joven Bernardo.

Una de las mejores representaciones de este milagro es el magnífico retablo de San Bernardo, fechado hacia 1290; puede admirarse actualmente en el Museo de Mallorca. Este retablo es una obra de un valor importante por su antigüedad y por lo inusual del tema en España. Pintado con la técnica de tabla al temple, se atribuye al denominado «Maestro de la conquista de Mallorca», cuyo verdadero nombre se desconoce; todo parece apuntar a alguno de los caballeros templarios que acompañaron al rey Jaime I *el Conquistador* en la reconquista mallorquina. La educación de Jaime I corrió a cargo del Temple aragonés y por esta razón suele concedérsele el nombre de «el rey templario». (Véase capítulo VIII).

Felícitas Cabello, Rosalina Cabello y Marcos Hortelano, de la Unidad Didáctica de la pintura gótica en Palma de Mallorca (Conselleria d'Educació, Cultura i Esports del Govern Balear, 1997), explican del siguiente modo la composición pictórica y simbólica del retablo de San Bernardo (fig. 1):

> «En el centro aparece la figura de San Bernardo, abad de Claraval, bajo un arco de medio punto, con el hábito blanco, bendiciendo con una mano y sosteniendo en la otra el báculo y la regla de la Orden del Císter. La composición aparece iluminada por dos grandes candelabros situados a ambos lados del santo.
>
> »En los cuatro compartimientos laterales se describe la vida del santo.
>
> »En el primero se representa al santo orando ante la Virgen con el Niño. De su virginal pecho mana un hilo de leche que llega hasta el santo. Contemplan la escena unos ángeles con cirios en las manos (ceroferarios).
>
> »En el segundo compartimiento se aprecia la aparición de Malaquías, obispo de Irlanda, a San Bernardo; el irlandés, acompañado por dos ángeles, aparece cuando Bernardo celebra la Santa Misa en su memoria y al cual invoca como "santo", ante la extrañeza de cuantos asisten al oficio.
>
> »En el tercero, San Bernardo está leyendo y meditando en un paisaje natural de rocas, plantas y animales.

»El cuarto recoge al santo realizando un exorcismo a dos mujeres, mientras el resto de los acompañantes permanecen en pie, orando, con candelas encendidas».

Aunque el arco de medio punto es un elemento característico del románico, la obra en su conjunto es de estilo franco-gótico o gótico-lineal, como se pone de manifiesto por el fuerte naturalismo en la viveza cromática, donde prevalecen los colores primarios planos y el realismo. La silueta de la Virgen es lineal y la cabeza ovalada.

Especialmente llama la atención el motivo que aparece en el tercer compartimiento del retablo, en el que el santo se halla en medio de un entorno natural. Esto recuerda unas bellas palabras de San Bernardo, en las que cabe advertir connotaciones panteístas célticas:

«Más cosas encontraréis en los bosques que en los libros; los árboles y las piedras pueden haceros ver lo que los maestros nunca sabrán enseñaros. ¿Pensáis acaso que no podéis libar miel de las piedras, aceite de la roca más dura? ¿Será que las montañas no destilan dulzura? ¿Será que las colinas no manan leche y miel? ¿Será que los valles no están llenos de trigo? Tengo tantas cosas que deciros, que apenas si puedo contenerme» («Epístola 106», editada por el abad de Boquen, Dom Alexis Presse: *Les plus beaux écrits de Saint Bernard*. La Colombe, París, 1947).

Sostener que Bernardo de Claraval bebió en las fuentes del arte celta y de la doctrina de la Iglesia céltica no es mera especulación. (La Iglesia céltica o culdea no debe confundirse con la Orden de los columbitas). El Temple tuvo en San Bernardo de Claraval a su padre espiritual. El cristianismo de la Orden era, más que un cristianismo lunar y judaico, un cristianismo solar y galileo: el cristoceltismo trinitario de Jesús *el Galileo*.

En Palestina estuvieron presentes los arios desde tiempos muy remotos, como se constata en tablillas cuneiformes (1600 a.C.-1250 a.C.), aunque no se puede determinar si eran

iranios, indoiranios u otro grupo indoeuropeo. Sí se sabe que Galilea (llamada por Isaías *Gâlil ha-Goim*, «Distrito de las naciones de los paganos») fue una colonia celta en el Mediterráneo cuyo nombre (del griego *Galilaia* y del arameo *Galila)* evoca a los galos y que le lengua vernácula de los galileos, entre ellos Jesús, era el arameo, no el hebreo.

Al menos hasta el siglo IV, los galos realizaron una armoniosa fusión de la fe cristiana y la religión celta. Otro importante indicio al respecto lo hallamos al analizar la ubicación de encomiendas y casas de la Orden del Temple. Se advierte que la mayoría se edificaron en antiguos caminos o emplazamientos celtas.

En España, la relación entre muchos de los enclaves templarios y la tradición celtibérica de los mismos es incontestable. Por ejemplo, en la ermita de la Virgen de Cabañas, en La Almunia de Doña Godina, en la actual provincia de Zaragoza, puede apreciarse cómo los templarios utilizaron dos cabezas de piedra *(¿«bafometos»?)*, una representando un rostro humano y la otra un rostro monstruoso, incrustándolas con argamasa en una pila bautismal, a ambos lados del pie que la sustenta. Según los arqueólogos de la Universidad de Zaragoza que las han estudiado (M. Medrano y María A. Díaz), dichas cabezas procederían de algún yacimiento celtibérico próximo. El simbolismo no puede ser más revelador: la cabeza es el símbolo del espíritu manifestado; las dos cabezas —una, humana, con la boca entreabierta, y otra, monstruosa y dentada— podrían relacionarse con el valor de la dualidad, la oposición, la ambivalencia, la diferenciación, que la pila bautismal cristiana une mediante una reintegración activa: el sacramento del bautismo.

Paul y René Bouchet, en *Les druides: science et philosophie* (Éditions Lire Canada, Saint-Sauveur, Québec, 1995), dicen que «todos los lugares iniciáticos, por tanto las catedrales o abadías, se instalaron en nudos de corrientes, donde la intensidad de las radiaciones del sol es más fuerte y donde, mediante haces de ondas divergentes, es posible comunicarse con iniciados que estén en la misma línea». Hace Bouchet referencia, obviamente, a las corrientes telúricas y cósmicas.

Bernardo de Claraval fue conocido también como el *«doctor melifluus»*. Semejante alusión no cabe atribuirla sólo a la «miel» de la elocuencia y la dulzura de San Bernardo:

> «Así es San Bernardo, el santo donde se aúnan Marta y María, la vida activa más agitada con la contemplación más encumbrada de la mística. Es un soldado, un guerrero, un político y, a la vez, un asceta rígido, un director espiritual de conciencias y un formador y fundador de monasterios con las vocaciones que sus "capturas", como llamaban a sus excursiones apostólicas todos sus biógrafos, suscitaban. Es el árbitro de su siglo, buscado y solicitado por papas, reyes y prelados de todas las clases, para intervenir y dirimir las frecuentes contiendas que en aquella tan agitada época sin cesar existían, y el monje tan recogido y silencioso que después de muchos años no sabrá cómo es la techumbre de la iglesia del Císter. Asiste a concilios, aconseja a los pontífices, disputa con los herejes, predica una cruzada, y aún tiene tiempo y tranquilidad suficiente para escribir obras como *De Consideratione*, verdadero tratado de psicología, o el de profunda teología sobre *La gracia y el libre albedrío* [en la que prueba el dogma ortodoxo de la gracia y libre albedrío de acuerdo con los principios de San Agustín], o de ascética elevada, como *Los doce grados de la humildad y del orgullo* [donde San Bernardo muestra que la manera de amar a Dios es amarle sin medida, y da diferentes grados de este amor], o de mística sublime, en sus *Comentarios al "Cantar de los Cantares"*. En fin, de modo asombroso y sorprendente, admiramos en él la dulcísima miel de su bondad y caridad sin límites, que se paladea sin llegar nunca a cansar, de sus sermones, y, sobre todo, cuando habla o escribe sobre Jesús y su Madre Santísima, y la severidad del asceta que se toma rigurosa cuenta a sí mismo y se pregunta incesantemente: "Bernardo, ¿a qué has venido a la Religión? ¿Por qué has abandonado el siglo?"» (Ildefonso Rodríguez Villar: «San Bernardo. Abad y Doctor». *Mercabá, Semanario Cristiano de Información y Formación)*.

Bernardo defendió los derechos de la Iglesia, como poder espiritual, frente a las intromisiones del poder laico o temporal de reyes y príncipes. Las sabias y piadosas obras que compuso, muchas de las cuales sirvieron de inspiración al reformador protestante Juan Calvino, así como a Lutero le han merecido el título de «Doctor de la Iglesia».

Fundó ciento sesenta y tres monasterios en diferentes partes de Europa y, a su muerte, el número de monasterios cistercienses alcanzaba la cifra de trescientos cuarenta y tres. Fue canonizado por Alejandro III el 18 de enero de 1174, siendo el primer monje cisterciense inscrito en el calendario de los santos.

La Orden del Temple le debe su magistral *De laude novae militiae*, *ad milites Templi (Loa a la nueva milicia*, *a los soldados del Temple)*. Más que una semblanza y elogio a la figura del nuevo caballero templario, esta obra representa el más bello exhorto, aliento, estímulo y ánimo jamás escrito desde que San Pablo, precursor ideológico del «soldado de Cristo», definiera la acción apostólica como un combate.

La Orden del Santo Sepulcro y los inicios de la Orden del Templo de Salomón

Los inicios de la Orden del Temple son harto oscuros; los especialistas no cuentan con la suficiente documentación para poder aventurar, con absoluto rigor, cuándo se funda la Orden, cómo y quiénes son exactamente todos sus fundadores. Son muchas las teorías al respecto y por esta razón tal vez sea preferible centrarse en los detalles generales que mejor se conocen.

En primer lugar, es necesario recordar que no se sabe a carta cabal la identidad de todos los caballeros que iniciaron la Orden de los templarios, aunque entre sus fundadores se menciona a Hugo de Paganis. La historiografía oficial suele asociar este nombre a un noble de la casa de los condes de Champaña, llamado Hugues de Payens; también se cita al flamenco Godefridus de Sancto Audemaro (conocido por Godofredo de Saint-Omer, de la familia de los Castellans de Saint-Omer en Flandes). Otros

nombres son Godofredo Bisol, Payen de Montdidier, Rossal (o Roral, o también Roland) y Archibaldo de Saint-Amand (o Saint-Aignan). Una carta del rey Balduino nos permite conocer a otros dos caballeros cuyos nombres son André y Gondemaro; el primero de ellos pertenecía a la familia de Montbard, que además era tío materno de Bernardo, el abad del Císter. El caballero que haría el número nueve fue Hugo I, séptimo conde de Champaña, fundador de Clairvaux, que se unió a los ocho primeros templarios en 1125. Su ingreso en la Orden tal vez fue el motivo que impulsó a Bernardo de Claraval a escribirle una carta felicitándole por haberse hecho «pobre soldado de Cristo», siendo conde y rico como era. Este conde murió en Palestina en 1126.

La cifra de los famosos «nueve» caballeros fundadores se ha tomado de las crónicas de Guillermo de Tiro y Mateo Paris. Según estos textos, esos nueve caballeros habrían fundado y sostenido la Orden desde el año 1118 hasta 1127, momento en el que solicitaron la Regla. Sin embargo muchos historiadores creen poco fiable, por no decir inconcebible, este extremo.

En su *Historia rerum in partibus transmarinis gestarum*, Guillermo, canciller del Reino de Jerusalén y obispo de Tiro, dice que «en aquel año de 1119, ciertos nobles caballeros, llenos de devoción a Dios, religiosos y temerosos de Él, poniéndose en manos del señor patriarca para el servicio de Cristo, hicieron profesión de querer vivir perpetuamente siguiendo la costumbre de las reglas de los canónigos, observando la castidad y la obediencia y rechazando toda propiedad. Los primeros y principales de entre ellos fueron dos hombres venerables, Hugo de Payens y Godofredo de Saint-Omer».

En el siglo XIII, Jacobo de Vitry, obispo de Acre, refiere este acontecimiento en su *Historia orientalis seu hierosolymitana* y aporta algún dato más:

> «Se comprometieron a defender a los peregrinos contra los bandidos y ladrones, a proteger los caminos y a constituir la caballería del Rey Soberano.
>
> »Observaban la pobreza, la castidad y la obediencia según la regla de los canónigos regulares […].

»Al principio no fueron más que nueve […] y durante nueve años, se vistieron con ropas seculares […].
»Y como no tenían iglesia ni lugar en que habitar, el rey les alojó en su palacio, cerca del Templo del Señor […] y por esa razón se les llamó más tarde "templarios"».

El notario apostólico Sicus de Vercellis, un testigo que declaró el 3 de marzo de 1311 en el proceso instruido contra la Orden del Temple, afirma que se pretendía en Oriente que estos dos caballeros (Hugo de Payens y Godofredo de Saint-Omer) eran borgoñones: «*Quod duo nobiles de Burgundia milites Ordinem militiae Templi inceperunt…*». (*Proc.*, tomo I, pág. 642). El artículo 2º de la Regla francesa decía: «*Bien aeuvre damedien aver nos et nostra Sauveor Jhesu Christ, leguel a mandé ses amis de la sainte cité de Jherusalem en la marche de Franceet de Bergoigne*» (Bien ha obrado Nuestra Señora con nosotros y nuestro Salvador Jesucristo, el cual ha enviado a sus amigos de la Santa Ciudad de Jerusalén a los países de Francia y Borgoña).

Hacia 1118, estos caballeros se reunieron en Jerusalén para consagrarse al servicio de Dios, a modo de canónigos regulares, siguiendo en parte la regla de San Agustín. Algunos historiadores no comparten este extremo y se basan en el cronicón de San Bertino para negarlo. El historiador del siglo XIX Mateo Bruguera sostiene que no consta documento alguno que acredite la filiación de aquellos caballeros a la regla de San Agustín. Martínez Díez señala que, en un primer momento, al iniciar en 1120 su vida religiosa en Jerusalén, los templarios tuvieron que haberse acogido a una de las dos reglas o modos de vida vigentes para los regulares de Palestina y en el resto de la Iglesia occidental: la regla benedictina o la seguida por capítulos regulares invocando el nombre de San Agustín. Y añade que «dada la dependencia del primer Temple del patriarca de Jerusalén, parece obvio que fuera elegida la misma regla que seguían los canónigos del Santo Sepulcro, que constituían el cabildo propio del patriarca».

En cualquier caso, es indudable que la Orden del Temple fue filiación de la del Císter; así lo aseguran fray Ángel Manrique

en sus *Anales Cistercienses* (1642-1659) y fray Miguel Ramón Zapater, cronista del Reino de Aragón y de la Orden del Císter, en su *Císter Militante* (1662). Incluso hay autores que creen que San Bernardo de Claraval no sólo fue sobrino de André de Montbard, sino también pariente del propio Hugo de Payens, a quien protegió eficazmente en el Concilio de Troyes.

Entre 1108 y 1199 se fundaron tres órdenes de carácter religioso-militar para asistir y proteger a los peregrinos que se dirigían a los Santos Lugares: la Orden de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo, conocida más tarde como Orden del Temple, y la Orden Teutónica del Hospital de Santa María de Jerusalén.

Como se ha señalado, los primeros caballeros templarios se reunieron en Jerusalén a modo de canónigos regulares, e hicieron ante el patriarca Gormondo los tres votos ordinarios de obediencia, pobreza y castidad, más un cuarto voto de defender con las armas y preservar los Santos Lugares, así como proteger a los peregrinos, lo cual les convertía de hecho en una fuerza regular y militar. Balduino II, primo y sucesor de Balduino I, fue coronado rey de Jerusalén en 1118. Admirado del celo de estos «pobres caballeros de Cristo», les cedió el ala de su palacio situado en la antigua mezquita de Al Aqsa, en el monte del Templo, de ahí que fuesen conocidos a partir de entonces como «caballeros templarios». El obispo de Meaux, Jacques-Bénigne Bossuet (1627-1704), dice que fueron instituidos bajo el título de Pobres Caballeros de la Santa Ciudad, aunque también fueron llamados Soldados de Cristo, Milicia de Salomón o del Templo de Salomón, y también Hermanos del Templo o del Temple. Lo cierto es que en sus inicios fueron tan pobres que se les conoció como los *«Pauperes Commilitones Christi Templique Salomonici»*, y parece bien cierto, como representa uno de sus primeros sellos (fig. 2), que llegaron a montar dos jinetes en un solo caballo, tanto en señal de fraternidad como de la pobreza de sus orígenes; si bien el significado del simbolismo de este sello tiene otras interpretaciones, como se verá más adelante.

¿De quién partió la idea de organizar una fuerza armada para la protección y defensa de los peregrinos que llegaban a Tierra

Santa? Responder a esta cuestión es tanto como determinar a quién se debió la creación de la Orden del Temple. Si aquel caballero llamado Hugo de Paganis era el mismo Hugo de Payens —y todo parece indicarlo—, cabe pensar que llegaría a Tierra Santa en el año 1114 en compañía de Hugo I, conde de Champaña; sin embargo, no existen informaciones concluyentes al respecto. De ser así, la idea de crear la Orden del Temple habría partido directamente de Hugo de Payens, testigo de las vejaciones y crímenes que tenían que sufrir los peregrinos, o bien del propio conde de Champaña, que no habría podido encabezar personalmente la fundación y aprobación de la Orden al tener que regresar a Europa reclamado por su esposa. También se dice que la iniciativa partió del rey Balduino, del patriarca de Jerusalén, de alguno de los compañeros de Hugo de Payens, o incluso hay quienes se aventuran a sugerir al joven abad cisterciense San Bernardo de Claraval, que desde luego estaría llamado a desempeñar un papel fundamental como mentor y elogiador de la nueva milicia de los templarios. En cualquier caso, como sostiene Martínez Díez, «lo cierto es que corresponderá a Hugo la misión de plasmar en la realidad el brillante y original proyecto».

Muchos autores han discutido la posibilidad —más que probable— de que los fundadores del Temple ya llegaran a Tierra Santa con una idea y directrices definidas, pero podría también considerarse que todo ello se esbozó definitivamente en la época del sínodo de Nablús, convocado en 1120 por el rey de Jerusalén con el objeto de fortalecer la unidad de acción de todos los principados y feudos de Palestina y Siria. Con este sínodo se pretendía, en suma, vigorizar el espíritu de cruzada y evitar los peligros de la excesiva orientalización. (La sociedad cristiana de Jerusalén, en aquel tiempo violento, se veía cercada por numerosos peligros y, en cuestiones religiosas, no se consideraba menor el islam). El Reino de Jerusalén y su constelación de principados precisaban una fuerza permanente, aguerrida, adiestrada y motivada, tanto terrestre como marítima, y la creación de las órdenes militares fue providencial en este punto. Es muy significativo que el sínodo de Nablús se constituyera como una asamblea de signo eclesiástico y caballeresco a la vez, lo cual

quizá representó un precedente de la primera orden estrictamente monástico-militar: la de los Caballeros del Temple.

La Orden de los Hermanos Hospitalarios o de San Juan de Jerusalén se fundó antes que el Temple, a cargo del beato de Provenza Gerardo de Tom, pero como su nombre indica, tuvo en sus inicios un carácter eminentemente benéfico y piadoso, hospitalario, de servicio a los pobres y peregrinos, a los cuales acogía y asistía en su red de hospitales y hospederías. Sería bajo el gobierno de Raimundo Dupuy, que, tras fallecer Gerardo, asumió la rectoría de la hermandad en 1118, cuando, a imitación de los templarios, los hospitalarios se convirtieron en una orden militar. Lógicamente, esta afirmación —más que evidente— no es compartida en general por los historiadores de Malta, quienes pretenden que los hospitalarios tomaron las armas simultáneamente o el mismo año que los templarios. (Cfr. Mateo Bruguera: *Historia general de los Caballeros del Temple*, 1882; reed. Alcántara, Madrid, 1999; vol. I, pág. 93).

Ante la escasa documentación disponible a propósito de los inicios de la Orden del Temple, han abundado las especulaciones sobre las actividades que habrían desarrollado los primeros templarios desde 1118 a 1127. Se han vertido ríos de tinta a este respecto, pero aquí bastará con indicar que parece cierto que durante esos nueve años los freires templarios conservaron el hábito secular. Poco más se sabe, a ciencia cierta, de lo que hicieron en las ruinas del Templo de Salomón que les servía de morada, o si realmente se dedicaron a proteger a los peregrinos que llegaban a Tierra Santa. Algunos historiadores sostienen que sólo eran nueve caballeros: si esto era así, parece inconcebible que pudieran emplearse en esos trabajos.

Este halo de misterio que rodea la fundación del Temple es el que ha generado, en gran medida, todo tipo de leyendas sobre la misión que Bernardo de Claraval habría encomendado a los templarios. Sin duda, San Bernardo estaba muy interesado en acceder a las fuentes hebreas de las Escrituras o a otros textos y objetos relacionados con personajes vinculados a órdenes como la del Císter y, posteriormente, a la del Santo Sepulcro, fundada por Godofredo de Bouillon en 1099, tras la caída de Jerusalén.

La Orden del Císter, dirigida por Bernardo, estuvo profundamente implicada en la difusión del ciclo griálico, hasta el punto de que algunas versiones de la leyenda del Santo Grial fueron fraguadas en sus monasterios, precisamente en los tiempos en que se escribieron los primeros romances de caballería que hablaban del grial. Recuérdese también que Godofredo de Bouillon, el «Defensor del Santo Sepulcro», fundó una orden armando a medio centenar de caballeros sobre el sepulcro del Redentor y edificó una abadía sobre las ruinas de la gran basílica construida por Constantino, en concreto, en la Anastasis y el Martyrium de la denominada «Madre de todas las Iglesias».

Según algunos cronistas, esta comunidad del Santo Sepulcro solía recibir el nombre de «Hermanos de Ormus» (por Ormesius, un sacerdote seráfico de Alejandría, al que se unieron diversas sectas, entre ellas la de los esenios, para fundar una escuela de sabiduría salomónica). Esta Hermandad del Santo Sepulcro estaba formada por un capítulo de canónigos regulares, caballeros armados y cofrades laicos bajo la dirección de un abad, encargados de servir a los santuarios de la Ciudad Santa. Todos los hermanos llevaban el manto blanco con la cruz roja. En 1112 fue colocada bajo la regla de San Agustín y confirmada por la bula del papa Calixto II. En 1484, la Hermandad del Santo Sepulcro fue incorporada a la Orden de los Hospitalarios de San Juan por el papa Inocencio VIII, quien confirió al vicario general de la Orden, guardián del Santo Sepulcro, el poder de armar caballeros a los peregrinos que acudían a Tierra Santa. En 1496, el papa Alejandro VI disgrega la congregación en dos secciones y la Orden del Santo Sepulcro vuelve a ser independiente. En 1907, el papa Pío X se reservó para sí el maestrazgo de la Orden, que en 1949 pasó a un cardenal.

La vinculación de la Orden del Santo Sepulcro con la Orden del Temple en tiempos del maestrazgo de Hugo de Payens es tan estrecha que cuesta diferenciar a los unos de los otros. Esta situación ha dado origen al «mito» de la llamada Orden de Santa María del Monte Sión —heredera de los Sabios de la Luz o Hermanos de Ormus—, de la que fue maestre André de Montbard, tío de San Bernardo y uno de los caballeros fundadores del Temple.

Por esta imbricación podría explicarse el simbolismo del *Sigillum Templi* (sello del temple), donde aparecen dos caballeros lanza en ristre sobre un mismo caballo. Las teorías más prosaicas mantienen que dicho simbolismo representa los humildes orígenes de los Pobres Soldados de Cristo. Otras interpretaciones de carácter hermético y especulativo sugieren que los dos caballeros representarían a la Iglesia de Pedro y a la Iglesia de Juan, coraza (material) y núcleo (espiritual) de la Iglesia católica, exoterismo y esoterismo de la doctrina cristiana.

En los Evangelios de San Mateo y San Juan se dice:

> «Y yo también te digo, que tú eres Pedro [Jesús llama al apóstol Simón "Pedro": Cefas, que significa "piedra, roca"], y sobre esta *roca* edificaré mi Iglesia; y las puertas del Hades [Infierno] no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del Reino de los cielos; y todo lo que atares sobre la Tierra será atado en los cielos; y todo lo que desatares en la Tierra será también desatado en los Cielos» (Mateo 16, 17-19). [Con estas palabras predijo Jesús la institución del Pontificado Romano en los sucesores de San Pedro, al que nombra *Vicarius Christi* de la Iglesia institucional].

> «Estaban *al mismo tiempo* junto a la cruz de Jesús su madre y la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María Magdalena. Habiendo mirado, pues, Jesús a su madre y al discípulo que Él amaba, el cual estaba allí, dice a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Después dice al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde entonces *encargose de ella el discípulo*, y la tuvo consigo en su casa». (Juan 19, 15-27) [El Verbo de Dios, antes de abandonar en Espíritu el cuerpo de Cristo, inviste espiritualmente a María como *Templum Domini* y a Juan como *Vicarius Filii Dei* de la Iglesia «interior» o espiritual].

En el veterotestamentario Eclesiastés se dice:

> «Más valen *dos* que uno solo, pues obtienen mayor ganancia de su esfuerzo. Si uno va a caer, el otro le sostiene

[…]». (Eclesiastés 4, 9-10). «[…] Y si alguien acometiere contra el uno de los dos, ambos le resisten. Una cuerda de tres dobleces difícilmente se rompe» (Eclesiastés 4, 12).

¿Y por qué la representación del *Sigillum Templi* no podría aludir al Temple y al Santo Sepulcro cuando sus caballeros «cabalgaron» juntos, cuando formaban parte de la misma religión u orden? En uno de los sellos usado por el gran maestre del Temple aparece la siguiente inscripción:

S'TVBE TEMPLI XRI

(Es uno de los sellos de la Orden, llamado tradicionalmente *boulle* en la Regla. Se trata del sello más antiguo catalogado por Napoleón III y aparece en un documento firmado por Everardo des Barres, gran maestre de la Orden desde 1146 hasta 1149).

Según Alain Desgris en *Misterios y revelaciones templarias*, esa inscripción podría significar *«Sigillum Tumbe Templi Christi»*, es decir: «Sello de la Tumba del Templo de Cristo». Obviamente, estas teorías no pasan de ser especulaciones, mas cabe recordar que la primera cruz que portaron los caballeros templarios en el año 1118 —unos nueve años antes de su oficialización— fue una cruz patriarcal de color bermejo sobre el hombro izquierdo del blanco manto que vestían. Y hay que recordar también que el Templo de Salomón, donde los templarios se alojaban, estaba situado junto a la iglesia del Santo Sepulcro: la relación de los caballeros del Templo con los canónigos del Santo Sepulcro era más que excelente, hasta el punto de que éstos habrían cedido a los templarios una parte del terreno anejo al templo sepulcral.

Tampoco pasa de ser una especulación la teoría según la cual los templarios, establecidos como una Orden interior de los sepulcristas, formaban con éstos parte de la congregación secreta que en Jerusalén acabó por llamarse «Orden de Sión», y a la que habrían estado vinculados, de un modo u otro, personajes como Esteban Harding, Bernardo de Claraval y su tío André de

Montbard, el mecenas conde de Champaña, Godofredo de Bouillon y su preceptor Pedro *el Ermitaño*, Hugo de Payens, los enigmáticos monjes calabreses de la abadía de Orval y otros muchos. Y especular es también pensar que los Pobres Caballeros de Cristo tuvieran como misión en sus inicios recuperar ciertos documentos, textos tradicionales y sagradas reliquias que habrían permanecido ocultas en algún subterráneo bajo la explanada del Templo de Jerusalén.

Todas estas conjeturas son simplemente eso: conjeturas. No son hipótesis descabelladas ni los indicios y «coincidencias» son, en modo alguno, desdeñables, pero nada puede afirmarse con rotundidad.

¿Reinstaurar en Tierra Santa un linaje davídico y mesiánico? ¿Establecer una escuela de sabiduría salomónica que aglutinase bajo el paraguas eclesiástico todo el saber de la Tradición Primordial, en el que hunde sus raíces la propia tradición judeocristiana? Es posible, aunque no dejan de ser más especulaciones.

Lo que sí es cierto e insoslayable es que hay detalles cuando menos extraños en los orígenes de la Orden del Temple. ¿Por qué los templarios utilizaron las ruinas del Templo de Salomón como residencia? Parece claro, en cualquier caso, que la razón no tiene mucha relación con la policía de caminos o con la protección de los peregrinos que llegaban a Tierra Santa. En cambio, sí es cierto que el subsuelo del lugar concreto que se ofreció como albergue a los templarios eran las llamadas «caballerizas de Salomón». El cruzado Juan de Wurtzburgo advierte que estos sótanos eran tan grandes y maravillosos que se podían albergar en ellos a más de mil camellos y mil quinientos caballos. Sin embargo, tal y como plantea el historiador Michel Lamy, «se las destinó [las ruinas] íntegramente para los nueve caballeros del Temple, que se negaban en principio a reclutar a más efectivos. Las desescombraron y las utilizaron a partir de 1124, cuatro años antes de recibir su regla y de dar comienzo a su expansión. Pero ¿únicamente las utilizaban como caballerizas o se practicaban en ellas excavaciones? Y en tal caso, ¿qué estarían buscando?» *(La otra historia de los templarios*. Martínez Roca, Barcelona, 1999).

Como el propio Lamy señala, uno de los Manuscritos del Mar Muerto encontrado en Qumran y descifrado en Manchester entre 1955 y 1956 hablaba de una gran cantidad de oro y una vajilla sagrada que formaba veinticuatro montones, y semejantes tesoros estarían enterrados bajo el Templo de Salomón. Mas, en aquella época, dichos manuscritos dormían en el fondo de una cueva; podría imaginarse que esa historia se hubiera transmitido mediante la tradición oral y que los templarios la conocieran y buscaran ese u otros tesoros. Pero, en realidad, si se piensa en una búsqueda, ésta se habría centrado en los textos sagrados o en objetos rituales de capital importancia; no parece probable un esfuerzo semejante sólo para dar con vulgares tesoros materiales. El contexto histórico y las concepciones metafísicas y religiosas de los personajes implicados sugieren, más bien, una búsqueda trascendental más vinculada a lo místico que a lo material.

«¿Qué pudieron encontrar —se pregunta Lamy— en aquel lugar y, antes de nada, qué se sabe respecto a este Templo de Salomón del que tanto se habla? Al margen de las leyendas, muy poca cosa: ningún rastro identificable por los arqueólogos, sino básicamente unas tradiciones transmitidas a lo largo de los siglos y algunos pasajes de la Biblia (en el *Libro de los Reyes* y en las *Crónicas*)».

Si se admite que los templarios realizaron importantes hallazgos en las ruinas del Templo de Salomón, ¿de qué se trataba?

La mayor parte de los objetos sagrados habían desaparecido y el Templo había sufrido distintos saqueos y destrucciones a lo largo de la Historia; especialmente violento fue el saqueo de Jerusalén a cargo de las legiones romanas de Tito. Sin embargo, hubo un objeto que tal vez aún seguía allí. Dice Lamy: «Ahora bien, había sido para albergar dicho objeto por lo que Salomón hizo construir el Templo: el Arca de la Alianza que guardaba las Tablas de la Ley. Una tradición rabínica citada por Rabbí Mannaseh ben Israel (1604-1657) explica que Salomón habría hecho construir un escondrijo debajo del propio Templo, a fin de poner a buen recaudo el Arca en caso de peligro».

¿Sería por esta razón que Bernardo de Claraval mantenía relaciones de amistad y estudio con Salomón Rachi, el más notable

exegeta de los textos hebraicos de su época? Salomón Rachi, además, había vivido en Troyes, en los dominios del conde Hugo de Champaña, cuya influencia y mecenazgo en la empresa templaria no puede ser más relevante y significativa. Y este Salomón Rachi, ¿había conocido al abad Esteban Harding? Harding, como Bernardo, fue hombre de gran sabiduría en su tiempo y es poco probable que sus conocimientos no hubieran tenido alguna conexión. Lo que sí sabemos es que Harding solicitó la colaboración de sabios y cabalistas judíos, probablemente yernos de Rachi, para que le ayudasen a corregir la ambiciosa traducción de los textos sagrados que había emprendido y que se conoce con el título de *Biblia de Cîteaux*.

Como certeramente señala el profesor Desgris, «hay tanto por conocer de esta enseñanza transmitida [la transmisión del «Todo»], que apenas si tenemos una noción del contenido simbólico de las Escrituras y de sus claves, y los textos ofrecidos por la Iglesia sólo nos permiten acercarnos a algunas verdades».

Respecto a todas las connotaciones que pueden desprenderse de estas conjeturas e indicios, el investigador Patrick E. Bracco ofreció algunas reflexiones interesantes en el I Symposium Internacional sobre el Temple, organizado en Soria en 1992 por la Ordo Supremus Militaris Templi Hierosolymitani. Bracco sostenía que «siempre, en apariencia, el mundo cristiano parecía replegarse sobre sí mismo, desinteresándose intelectualmente de las demás ideologías: todo lo que no era cristiano era herético. Ello no obstante, podemos pensar que hombres como Esteban Harding, Bernardo de Claraval, Malaquías, Abelardo y otros tuvieron la intuición de que si el cristianismo seguía de aquella manera, iba derecho a su perdición. Pero fueron en especial Harding y su hijo espiritual, Bernardo de Claraval, por conducto de los templarios, los que parecen ser el origen de esta renovación de la fe cristiana y, en especial, de la apertura del mundo occidental de la época a las otras ciencias humanas. No se puede pensar que en el siglo XII, o antes, no haya habido teólogos honestos que hayan abordado las filosofías hebreas, islámicas o paganas, intentando acercamientos con los conceptos cristianos. El problema es que la presión física y moral ejercida

por la Iglesia impedía toda clase de libre expresión. Basta considerar el ejemplo del monje, filósofo y alquimista Roger Bacon, encerrado en prisión en el siglo XIII por sus ideas excesivamente avanzadas para la época».

En este contexto cabría especular sobre la posibilidad de que reducidos círculos de iniciados del Temple hubieran servido de puentes de conciliación o de intermediarios ecuménicos entre la religión cristiana, la filosofía neoplatónica, los cultos mistéricos solares y las corrientes de carácter gnóstico (tanto judeocristiano como islámico). Por ejemplo, es muy significativa la relación que mantendrían los templarios con la secta islámica de los llamados «asesinos», los ismaelitas reunidos en la fortaleza de Alamut, al norte de Siria; esta secta se agrupaba en torno al «Viejo de la Montaña», el *sheik* Hasan Sabbah, amigo y condiscípulo del místico sufí Omar Jayam —poeta de renombre internacional por su *Rubaiyat* y súbdito de los selyúcidas de Persia—. Esta orden musulmana de caballería mística se creó en el año 1090, y además de sus actividades militares encaminadas a restaurar la hegemonía persa frente a la dominación de los turcos selyúcidas, se preocuparon de reunir una fabulosa biblioteca, considerada la más rica de Oriente en su época. Esta biblioteca fue destruida en 1256 por el ejército mongol del Gran Khan Hulagu.

En este contexto de guerras religiosas, de intercambios y fusión de culturas, no es extraño que los templarios de Oriente bebieran de fuentes doctrinales coptas, esenias, armenias, gnósticas, etcétera. No resulta difícil tampoco pensar que los templarios pudieron haber descubierto algunos documentos originales hebreos durante su estancia en las ruinas del Templo de Salomón, como lo indica el hecho de que encargasen al menos cinco traducciones del *Libro de los Jueces*. La Historia demuestra que los templarios y los musulmanes mantuvieron en ocasiones magníficas relaciones, incluso en los años más violentos de las cruzadas. De hecho, Hugo de Payens y Godofredo de Saint-Omer convencieron al rey de Jerusalén, Balduino II, de la necesidad de pactar con el ismaelita Abul Feva. Aquellos acuerdos se resolvieron en el intercambio de Tiro por Damasco. Por otra parte, como recuerda Bracco: «Saladino, kurdo de corazón

generoso, como un caballero cristiano, aprendió de las cruzadas que los "infieles" podían tener un alma tan noble como la de los más valientes de ellos, los "verdaderos creyentes". Los templarios le reservaron, a cambio de Ounour, la mezquita de Al Aqsa para hacer en ella sus devociones. Lo mismo le sucedió a Renaud, príncipe de Sidón, que estableció en la mesa de Saladino un paralelismo entre las religiones cristiana e islámica. Como se ve, la Cruz y la Luna Creciente estaban muy cerca de fraternizar. Si se razona, a poco que sea, puede imaginarse perfectamente que, además de los intercambios puramente políticos, templarios y musulmanes o judíos intercambiaron ideas filosóficas. En aquella época, los musulmanes poseían conocimientos avanzados en materias tan diversas como astronomía, astrología, alquimia, medicina, teología, filosofía… También puede pensarse que las corrientes gnósticas que existían en el Próximo Oriente estaban lejos de haber desaparecido por completo y que los templarios también podrían haberse puesto en contacto con aquellas corrientes».

A punto de cerrar este capítulo, la propuesta es que los templarios buscaron la síntesis de la sabiduría primordial, y no tanto un sincretismo doctrinal o reunión de diversas doctrinas difícilmente conciliables. La volición es la acción del espíritu en el acto del razonamiento, es la acción por la que se determina la voluntad, es decir, la forma superior y más perfecta de la actividad humana, que manifiesta el paso de un estado a otro. El testimonio que con su vida y obra nos legaron los caballeros templarios pone de manifiesto que su voluntad era lograr, por anagogía (elevación), conciliar los opuestos en la unidad, logrando así alcanzar la Jerusalén celeste, el Reino de los Elegidos, la *Ecclesia* de Cristo que es cuerpo místico y símbolo universal (católico) de la verdad, del Verbo primordial que es luz de luces.

Más allá de las supuestas herejías, lo que subyacía en la iniciación y los objetivos no terrenales del Temple era la búsqueda de la luz verdadera, para, una vez alcanzada, obtener la gracia de la vida eterna. Los templarios no incurrieron de ninguna forma en la apostasía o la herejía, incurrieron en la más excelsa generosidad, sacrificio y caridad cristiana.

«Más generosa ha sido la caridad con que el hermano Hugo, tan amado de Cristo, vosotros y vuestros hermanos habéis ofrecido para la defensa del cristianismo, no sólo vuestros bienes, sino incluso vuestra vida» (preámbulo de la cédula de Josselin, obispo de Soisson, escrita en 1133).

Cuando finalmente los caballeros pidieron la Regla, el patriarca Esteban de la Fierte rogó al papa Honorio II que se la concediese. Éste encargó el importante asunto a San Bernardo de Claraval. Tal y como se ha señalado, Bernardo era sobrino de uno de los primeros templarios, André de Montbard, y esta circunstancia ha servido para imaginar que tras la fundación del Temple existieron planes secretos o misiones sagradas que únicamente los lazos de sangre podrían salvaguardar. Incluso hay historiadores que sugieren que Bernardo de Claraval y Hugo de Payens eran también parientes, como ya se ha dicho.

En cualquier caso, fue Godofredo de Saint-Omer quien, junto a otros caballeros templarios, acompañó a Hugo de Payens y al patriarca de Jerusalén al Concilio de Troyes (1128). Hugo de Payens, elegido primer maestre de la comunidad naciente, recibió allí la Regla para el Temple. Sobre la autoría de la misma también existen muchas controversias, aunque no parece factible que la primera regla fuese redactada por San Bernardo. (Esta hipótesis es sugerente, pero parece ser el resultado de especulaciones románticas). Con más fundamento puede asegurarse que fue el propio Hugo de Payens quien redactó aquellos primitivos estatutos, quizá en colaboración con el patriarca de Jerusalén. Como mucho, cabe pensar que Bernardo de Claraval habría podido retocarla, e incluso ser el autor de las versiones posteriores.

Las donaciones a la Orden del Temple comenzaron muy pronto, a partir del Concilio de Troyes, e incluso antes, durante el itinerario que los cinco caballeros templarios y su maestre hicieron por Europa. En pocos años, aquellos «pobres soldados de Cristo» que iniciaron su singladura residiendo en las ruinas del Templo de Salomón se convirtieron paulatinamente en la orden militar más poderosa, rica e influyente del medievo.

Según las crónicas de 1128 del British Museum, editadas en 1935 en Londres por Beatrice A. Lees en *Records of the Templars in England in the Twelfth Century*, Hugo de Payens acudió a Anjou en busca de subsidios para la Orden naciente; y, según Desgris, tal vez en ese viaje hubo otras razones más importantes. Luego, Hugo de Payens fue a Gisors (capital del antiguo Vexin normando), donde conoció al rey de Inglaterra. Tal vez por ello la leyenda o la Historia quiso que en el castillo de Gisors, donde tradicionalmente se reunían los reyes franceses con los ingleses, se escenificara la supuesta escisión del Temple y de Sión, una vez cumplida la misión que había reunido a ambos grupos.

En los anales de la abadía cisterciense de Waverley, fundada en 1128 por el obispo de Winchester, encontramos también el rastro del primer maestre del Temple en su periplo europeo: «En este año de 1128 vino hasta nosotros Hugo, señor de Paganis, maestre de la milicia del Templo de Jerusalén, acompañado de dos soldados y dos clérigos [como la Orden no disponía por entonces de clérigos ni sacerdotes, puede suponerse que se trataba de dos cistercienses], y recorrió todas las comarcas de Inglaterra y Escocia […] y muchos emprendieron el camino a los Santos Lugares». *(Rerum Britannicum medii aevi*. *Script*. XXXIV. Londres, 1652).

Sobre la empresa de los templarios, pueden suscribirse plenamente las palabras del profesor Desgris en *Misterios y revelaciones templarias:* «Son muchos los que han tratado de comprender la obra de la Orden. Algunos le han atribuido las virtudes que merecía; otros, que se inspiraba en cultos satánicos; otros más la han calificado de herética, pero nadie ha dicho lo más evidente y más simple: que su misión era ser depositaria de una Tradición sagrada recibida de Cristo y anunciada desde el principio del mundo. […] Por analogía, el triste fin de la Orden se asemeja a los orígenes de la primera cruzada, cuando se oyó decir: "Señor, habéis muerto por mí y yo muero por vos. ¿No es aquí donde reside la unión suprema, adonde conducen la caridad, la verdad y el amor?" *("Non nobis*, *Domine*, *non nobis*, *sed Nomini tuo da gloriam")»*.

Pero en este capítulo no se trataba de explicar el fin, sino el principio.

«En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios.
»Él estaba en el principio con Dios.
»Todas las cosas han nacido por Él, y nada ha nacido sin Él de cuanto ha nacido» (Juan 1, 1-3).

FERNANDO ARROYO DURÁN *(Madrid, 1967). Investigador y divulgador histórico, ha realizado estudios de simbología, órdenes militares, iconografía medieval y metafísica tradicional. Ha llevado a cabo estudios especializados en historia de la Orden del Temple y emblemática cristiana. Es presidente fundador de la Sociedad de Estudios Templarios y Medievales TEMPLESPAÑA, fundador y director de* Boletín Temple *y comendador honoris causa del Priorato Internacional de la Supremus Militaris Ordo Templi Hierosolymitani. Caballero de la Orden Soberana y Militar del Temple de Jerusalén (OSMTJ-OSMTH), donde se desempeñó como canciller para Latinoamérica y senescal del Gran Priorato de España, fue miembro del claustro del Instituto Campomanes de Estudios Medievales (ICEM). Ha impartido conferencias y ha dirigido actos culturales, así como distintos proyectos de investigación histórica. Aparte de numerosos artículos en varias publicaciones, es coautor del libro* Anales del Instituto Campomanes *(ICEM, Gerona, 2000) y director del Curso de Formación Templaria (TEMPLESPAÑA, Alcalá de Henares, 2001).*